

*María
Asunción
Requena*

"AYAYEMA"



*Sociedad
de Escritores
de Chile*

CH

2-18)

3319

AMSTER

AAJ 3319

“AYAYEMA”

EDICIONES ALERCE

publicadas con el patrocinio de la Universidad de Chile

Editorial Universitaria, S. A.

“AYAYEMA”

Drama en dos partes

de

María Asunción Requena

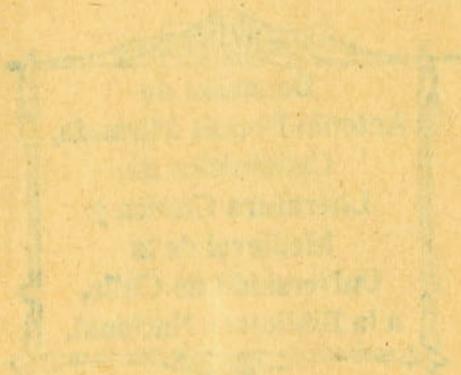


Sociedad de Escritores de Chile

© María Asunción Requena, 1964
Inscripción N° 22.798

Impreso en los talleres de la
Editorial Universitaria, S. A.
San Francisco 454, Santiago

Proyectó la edición
Mauricio Amster



PERSONAJES
(por orden de aparición)

SARGENTO
ALEMÁN
GONZALITO
KETHOYO
LADRILLERO
TCHKWAL
ALESSANDRI
LAUTARO
AKIUMA
LOBERO MARTÍNEZ
CHILOTE VALENZUELA
MAHUANA
HOMBRE (TURISTA)
MUJER (TURISTA)
INDIA VIEJA
INDIOS, TURISTAS.

TEMPORADA 1964

La acción ocurre en Puerto Edén (Isla Wellington). Septiembre de 1950.

Puerto Edén es actualmente una estación meteorológica de la aviación. Fue creada como Base de Hidroaviones de la Línea Puerto Montt-Punta Arenas, que terminó tan rápida como trágicamente.

Aparte de su función meteorológica, es el único puesto de auxilio y centro de distribución de víveres para los indios alcalufes, desde Chiloé a Cabo de Hornos.

Puerto Edén está formado únicamente por la casa de la estación y algunas chozas de indios. No hay otro lugar habitado en el mundo de los archipiélagos, mil kilómetros al norte, mil kilómetros al sur.

PRIMERA PARTE

Acción en el exterior.

Cerca de mediodía. Es septiembre. Hace frío y el cielo está gris.

A la izquierda del espectador, en último plano, el chalet donde viven Lautaro Edén, Gonzalito y el Sargento que está a punto de partir definitivamente de Puerto Edén.

Entra el Sargento riendo junto al Alemán, Lobero Grande y Rubicundo, que arrastra una bolsa grande.

1. SARGENTO.—Eres el mismo diablo, Alemán. Lástima que se me ha hecho tarde. No tengo tiempo para escuchar más historietas.
2. ALEMÁN.—Lástima, digo yo, que se vaya de aquí. No va a ser lo mismo, estecequé*.
3. SARGENTO.—(*Enciende un cigarrillo que le ofrece el Alemán*). Será lo mismo. Ya he dado mis órdenes a Lautaro y creo que cumplirá.
4. ALEMÁN.—Aún está a tiempo, Sargento. ¿Por qué no deja de jefe a Gonzalito? Ese sí que es gallo, estecequé*. Siempre listo para darle una manito a un pobre lobero desgraciado.
5. SARGENTO.—(*De muy buen humor*). ¿Tú desgraciado, Alemán? (*le da un golpe en la panza*). Con esta panza no es fácil creerte... (*piensa un momento*). Sí, yo también he pensado a veces si Lautaro servirá. (*Reacciona rápidamente*). Tiene que servir, no más. (*Palmea al lobero*). ¡Ya! Y se terminó. No más problemas. ¡Me voy! (*Extiende los brazos y gira en todas direcciones*). Adiós... mугre... Adiós barro..., adiós... indios. Bueno, Alemán, gracias por las pieles. Insisto en que debo pagar.

*estecequé: muletilla del personaje.

6. ALEMÁN.—Ni por mi abuela, estecequé. Usted me socorrió esa vez en los canales. Estamos a mano. Me gustan las cosas así, por eso vine.
7. SARGENTO.—Está bien. (*Le da la mano*). Adiós, Alemán. Buena suerte.
8. ALEMÁN.—Buen viaje, Sargento. Y no se olvide de hablarle bien de mí, al cabo alacalufe.
9. SARGENTO.—(*Impaciente*). ¡No me embrome más! Para qué quieres las dos o tres porquerías que han cazado estos gallos. ¿No fuiste al Cabo de Hornos? ¡Qué más quieres! (*Va en dirección al chalet*).
10. ALEMÁN.—(*Lo sigue*). La temporada fue muy mala, estecequé. Apenas si cazamos un par de nutrias y unos lobos. ¿Qué no vio los temporales que hubo desde El Golfo de Penas a Evangelistas? Nadie pudo llegar al Cabo de Hornos, estecequé. Y Gonzalito me contó que los indios de aquí están llenos de pieles.
11. SARGENTO.—Yo no tengo nada que ver ahora. Ya me fui de aquí, ¿entiendes? (*Se oye el pitazo de un barco*). ¡Qué belleza! Me llaman, ¿los oyes? Cómo me voy a hartar de bistec “grillée” (*lo dice con deleite*). Y montones así de papas fritas, pero no podridas como las de aquí, buenas papas y buen vino.
12. ALEMÁN.—¿Puedo “cambiar” por última vez?
13. SARGENTO.—(*Saliendo*). ¡No me friegues más!

(*El Alemán queda un momento indeciso. Luego, se dirige a la derecha, en dirección a la playa. Camina lentamente pensando cómo obtener las pieles de los indios. Levanta la cabeza y su cara adquiere una expresión de contento*).

14. ALEMÁN.—¡Eh, Gonzalito . . ., mi amigo Gonzalito! (*Va a su encuentro*).
15. GONZALITO.—(*Entrando*). ¿Todavía por aquí?
16. ALEMÁN.—(*Rápidamente*). ¡Mi amigo! Ud. es mi buen

amigo, Gonzalito. Recién le decía al jefe que era Ud. estecequé, era Ud. el que debía quedar al mando de Puerto Edén.

17. GONZALITO.—(*Sin resentimiento*). No, ya está dispuesto así.
18. ALEMÁN.—(*Mira con desconfianza a su alrededor*). ¿Dónde está el otro... “cabo”?
19. GONZALITO.—Fue a bordo con unos indios a llevar cholgas.
20. ALEMÁN.—¿Volverá pronto?
21. GONZALITO.—No creo. Tienen que cambiarle un repuesto al transmisor.
22. ALEMÁN.—(*Contento*). ¡No me diga!
23. GONZALITO.—Sí, le digo. ¿Lo necesitaba para algo? Si yo puedo servirle, dígame no más.
24. ALEMÁN.—Claro que puede servirme, estecequé. Y yo soy siempre muy agradecido, ¿eh? (*le da un codazo de entendimiento*).
25. GONZALITO.—(*Haciendo broma*). No esté payaseando, ñor. No me dejen tentar por nadie. Soy, como quien dice: “incorruptible”. Mi comandante Errázuriz, siempre lo decía: Este González Zuzeta va a llegar muy lejos.
26. ALEMÁN.—(*Mostrando el lugar*). Y hartito lejos que llegó, ¿no es cierto?
27. GONZALITO.—¡Recontra! En eso tuvo razón. Esto es el fin del mundo. Ni es mundo, siquiera.
28. ALEMÁN.—No se amole. Ya le tocará el relevo, estecequé. Y entonces, hasta nos podemos encontrar en Magallanes remoliendo en la calle Valdivia, abajo.
29. GONZALITO.—(*Como pinchado*). ¿Yo remoliendo en Punta Arenas? No esté embromando. Estoy hasta la tusa con tanta nieve y frío y escarcha por todos lados. Quiero irme al Norte. Ya ni me acuerdo cómo es un sol calentito.
30. ALEMÁN.—(*Impacientándose*). ¡Pobrecito, pobrecito, mi amigo Gonzalito! (*Saca un paquete de la bolsa*). Esto

es para usted. Usted que siempre me ha comprendido, estecequé. Usted que me socorrió en los canales, cuando me encontraron medio muerto de hambre y frío, estecequé.

31. GONZALITO.—Yo no hice nada. Fue mi Sargento.

32. ALEMÁN.—Pero Ud. estaba ahí, afianzando el bote. Tome y no me desprecie. Yo siempre pago un favor.

33. GONZALITO.—(*Timidamente*). Si Ud. cree que es así...

34. ALEMÁN.—(*Le pone el paquete en las manos*). Gracias. Ahora me siento más tranquilo.

(*Gonzalito toma el paquete y se lo guarda debajo de la guerrera, se siente intranquilo y mira hacia el chalet*).

35. ALEMÁN.—(*Señalando hacia la playa*). ¿No podría, yo, cambiarles unas pieles por un paquete de arroz o un poquito de..., ¿ah? (*hace ademán de tomar trago*). Yo quiero mucho a los indios. Me gusta protegerlos, estecequé, ¿podría?

36. GONZALITO.—Ni lo sueñe. El cabo lo ha prohibido.

37. ALEMÁN.—Pero el Jefe todavía es el Sargento.

38. GONZALITO.—Sí, pues. Todavía no se ha ido. Dígale a él.

39. ALEMÁN.—Para qué molestarlo. Me dijo que si algo necesitaba, Ud. lo resolviera.

40. GONZALITO.—(*Halagado*). ¿Eso dijo?

41. ALEMÁN.—Así fue. Lo hago rapidito. Nadie se va enterar. Y de paso nos burlamos un poquito del cabo alacalufe. Un poquito nada más.

41. GONZALITO.—(*Riendo de la broma*). ¡Las cosas que se le ocurren! ¡El cabo alacalufe!... Bueno, si depende de mí, haga su trueque. Yo no le encuentro nada de malo. Y si viene el cabo Lautaro, yo sé cómo hay que hablarle. (*Envalentonado por su inesperada autoridad*). Llámelos, no más. Está en su casa. (*Se dirige hacia*

la playa, pero desiste y va hacia el chalet. Saluda al Alemán). Hasta pronto y muchas gracias. (Sale).

42. ALEMÁN.—(Impaciente). Adiós, adiós, amigo Gonzalito. (Se frota las manos y le echa su aliento para calentárselas; abre la bolsa verificando su contenido. Llama hacia la playa). ¡Eh, imbéciles! ¡Vengan acá!

(*Entran los indios vestidos pobrisísimamente con restos de distintos trajes viejos y usadísimos. Son: Ladrillero, Alesandri, Tchkwal y Kethoyo; este último es cojo y se apoya en un garrote, a guisa de bastón. Su aire es siempre triste y sombriamente rebelde.*)

43. ALEMÁN.—Tira ese garrote indiano. ¿Quieres asustarme? (Ríe). A mí no me asustan ni con cañones, estecequé. Te ves ridículo en esa facha... ¿Cómo diablos te llamabas tú? (Le mira la pierna). ¡Ah, sí! Pata Loca... Perdón, Kethoyo, señor Kethoyo, ¿contento así? Bueno, bueno, estoy muy apurado; traigan las pieles y hagamos negocio, pero rápido. No quiero que me pesque el temporal que se nos viene encima.

(*Ladrillero y Tchkwal van a sus chozas. Kethoyo observa al Alemán.*)

44. ALEMÁN.—(Cambiando de táctica). Oh, tú siempre enojado, diablito. (Lo trata como un niño). En esta bolsa lindas cosas para tus mujeres y huachacay, mm... Alemán bueno, yo buen cristiano. ¿Y ahora Pata Loca va a ir a su chocita y me va a traer todas sus pielcitas ya? Todos los cueris. (Kethoyo no se mueve, el Alemán estalla). Por todos los diablos. ¿Quién te crees que eres, porquería? ¿O es que prefieres traficar con los chilotes y entregarles tus indias hediondas más encima?

(Ladrillero y Tchkwal entran con una extensión de hojas y ramas entrelazadas que dejan en el suelo).

45. ALEMÁN.—¿Qué jodienda es ésa?

46. KETHOYO.—Cueris.

47. ALEMÁN.—¿Cueris? ¡Qué bueno, pero qué bueno! Puede venir cualquier lobero imbécil y meterse en tu choza sin sospechar que está pisando tus cueris. *(Enciende un cigarrillo, muy contento del negocio que se le está presentando)*. Han cazado los amigos alacalufos, estecequé. *(Haciendo balancear su grueso vientre, observa cómo los indios retiran el camouflaje)*. Diablos, ¿dónde han encontrado tanto? Me lo van a decir, ¿ya? Yo, estecequé buen cristiano, buen amigo, de los alacalufos.

(El Alemán toma unas pieles y examina el pelo muy complacido, aunque con bastante disimulo, ahora. Sin demostrar interés, las tira al suelo, vuelve a examinarlas y las vuelve a arrojar con desprecio).

48. ALEMÁN.—Más o menos... En la barraca de Bartolo no no me las van a querer. Tendré que agregar de las mías, de las buenas. *(Las aparta con el pie)* Son muy exigentes allá en Magallanes. Las ven y dicen: ...porquerías, porquerías... Bueno, veamos. Unas con otras... soy muy generoso... un kilo de arroz *(revuelve las pieles con el pie)* mmm... un poco de azúcar... soy generoso, estecequé... Ya, y harina también. *(Se inclina a recoger las pieles)*.

(Kethoyo pone el garrote sobre ellas. El alemán se incorpora enojado).

49. ALEMÁN.—¡Qué te pasa imbécil! Ah, perdona que olvidé lo principal. También va a haber trago, mucho huachacay y un poco de tabaco, ¿conforme?
50. KETHOYO.—Tú dar arroz... galleta... No piquinini. (*Hace un gesto con la mano indicando una cantidad muy pequeña*). Yo ir. Yo querer ir y cazar. Solo... (*Señala el mar*). Arca-alocé.
51. ALEMÁN.—Lo que quieras hacer no me importa. Si quieres largarte de aquí lárgate, a mí no me importa. ¿Ustedes están conformes con mi trato, no?
52. LADRILLERO.—Tapponac, tapponac.
53. ALEMÁN.—¿Están de graciosos ustedes? ¡Cartuchos querían! ¿No se les frunce un rifle también y un buque? Sigán así y se les van a podrir las pieles... No les doy un par de balazos, porque soy buena gente, estecequé. Pero se lo merecerían por abusadores... Por esta vez el capitán alemán los perdona. (*Se inclina a recoger las pieles. Kethoyo lo impide nuevamente*).
54. LADRILLERO.—Tçoema (trad. tabaco).
55. TCHKWAL.—Tapponac... tapponac...
56. ALEMÁN.—(*Desconcertado*). ¿Pero estoy hablando por hablar o qué? (*Mira las pieles con codicia*). Tengo aguardiente. (*Prosigue tratando de convencerlos*). ¿Una borrachera, ya? (*Los indios se miran un poco excitados antes esa posibilidad*). Yo los llevo por ahí, para que el Cabo no se entere y luego los traigo a casita. El azúcar echa a perder la sangre y enfermarse si comer mucho. Chølgas, focas, eso es bueno para el indiano.
57. KETHOYO.—(*Reflexionando con dificultad*). Capetén, ¿tú no queriendo?
58. ALEMÁN.—Sí quiero, sí quiero, pero no tanto. Aquí les dan comida. ¿No se hartan nunca? Muy feo, muy feo lo que están haciendo. ¿Quién los estará mal aconsejando? Van a terminar con la tradición, estecequé. Tan lindos que es verlos desnudos en sus canoas, con-

tentos de cambiar sus pieles por un poco de galeta. Entonces se ríen felices con su buen aguardiente en el cuerpo, estecequé. Mírense las caras, porquerías. Nunca los había visto tan tristes. Eso es por la ambición, joder. . . Ya, ya vamos al cutter y mientras arreglo el motor hacemos el negocio. (*Señala las pieles*).
Recojan.

59. TCHKWAL.—¿Tú, dar capetén?

60. ALEMÁN.—Ya vas a ver lo que te voy a dar. ¡Andando!
(*Los indios asienten y se disponen a recoger las pieles*).

61. KETHOYO.—(*Con cierta humildad*). Kethoyo querer vestido Yanoeks, capetén.

62. ALEMÁN.—(*Sin prestarle atención*). Rápido, rápido.

63. KETHOYO.—(*Con voz más entera*). Indiano querer ala-cala Yanoeks. (*Le toca la manga al alemán*).

64. ALEMÁN.—(*Quitándole la mano de un golpe*). Saca tu mano asquerosa. Y agradece que soy un buen hombre. (*Se encamina hacia la playa seguido por los indios que, excepto Kethoyo, hablan rápidamente a media voz escuchándose muchas sílabas alacalufes*).

A medio camino el alemán se detiene sorprendido. Desde la playa ha aparecido Lautaro Edén. Se planta, afirmando en su carabina, mirando severamente al alemán. Akiuma lo acompaña. Trae un aparato del radiotransmisor que lleva al chalet. (Sale).

65. ALEMÁN.—(*Reacciona rápidamente*). Buenos días, mi cabo. (*Le alarga una mano que aquél no recibe. No se inmuta el lobero y se las restriega para darse calor*). Aquí estaba haciéndole buen negocio a estos indios.

66. LAUTARO.—¿Buen negocio para ellos. . . o para Ud.?

(*Los indios permanecen callados, semiasustados por la presencia de Lautaro*).

67. LAUTARO.—¿Habló con el sargento?
68. ALEMÁN.—Ah, el sargento. ¡Nos hemos reído mucho, estecequé!
69. LAUTARO.—¿Lo autorizó para hacer trueque?
70. ALEMÁN.—Ni él ni mi amigo Gonzalito encuentran malo el negocio.
71. LAUTARO.—No, no lo encuentran malo.
72. ALEMÁN.—(*Hace señas a los indios para que lo sigan*). ¿Lo ve? ¡Vamos, niños!
73. LAUTARO.—(*Inmóvil*). Pero yo sí lo encuentro malo. (*Llamando a un indio*). Tchkwal anda a la playa y trae a esos loberos que están escondidos detrás de la roca grande.
(*Tchkwal sale rápidamente*).
74. ALEMÁN.—¿Loberos, aquí? No he visto ningún cutter.
75. LAUTARO.—Deben haberlo escondido anoche en alguna caleta.
76. ALEMÁN.—A Ud. no se le escapa nada, cabo Lautaro. Me gustan los hombres así, estecequé. (*Mira hacia la playa y habla rápidamente*). Sea comprensivo. Llegó septiembre y no he podido cazar ni una mala piel. Mi mujer... mis hijos...
77. LAUTARO.—Ellos también tienen mujer, hijos.
78. ALEMÁN.—(*Riendo*). Ese sí que es un buen chiste, mi cabito.
79. LAUTARO.—¿Dónde está el chiste?
80. ALEMÁN.—Bueno... eso. No va Ud. a comparar, estecequé. (*Desafiándolo*). Y yo no lo iba a permitir.
81. LAUTARO.—Mire, Alemán. Quiero tener paciencia hasta donde se pueda. Ahora soy el jefe. Yo mando. ¡Y se hará lo que yo ordene! ¿Entendido?
82. ALEMÁN.—(*Se yergue con soberbia*). ¿Y qué es lo que ordena el cabo Lautaro Wellington... y Edén, también, no? Entiendo que a los indios les ponen nombres de

las islas en que nacieron, ¿o me equivoco (*con intención*) cabo?

(*Lautaro va a replicar con violencia, pero en ese momento entran Tchkwál y los loberos Martínez y el chilote Valenzuela*). Lautaro los mira, apretando convulsivamente la mano sobre la carabina.

83. LOBERO MARTÍNEZ.—(*Echando a la broma su situación*). Caramba, jefe, qué ojo pa'l cateo. Y yo que quería darle una sorpresita. Le traía un regalo, fíjese. (*Per-catándose de la tensa situación*). Parece que te las dieron, barrigón.

84. ALEMÁN.—(*Explosivo*). Tú, chilote de porquería, no te vas a reír de mí, estecequé. Y me vas a devolver ahora mismo la bencina que te presté en el Canal Beagle para que no te quedaras ahí, en la corriente y te murieras de hambre tú y tu mugriento chilote pata pelá.

85. CHILOTE VALENZUELA.—¡Eja, Alemán de miéchica!

86. LOBERO MARTÍNEZ.—El Canal Beagle está a más de mil millas de aquí. Y yo no me acuerdo de ni una cosa. ¿No le parece mi jefe?

87. ALEMÁN.—(*Se abalanza sobre el lobero y lo zarandea*). ¿Te crees muy listo, no? Pero óyeme bien, podrido, en la primera oportunidad te voy a matar, como a perro te voy a matar.

(*Los indios al ver la violenta escena desaparecen llevándose las pieles. Quedan los tres loberos y Lautaro*).

88. LOBERO MARTÍNEZ.—Ya me estás sacando todos los choros del canasto. (*A Lautaro*). Echelo de una vez, jefe, me aburren sus fanfarronadas.

89. LAUTARO.—(*Que se ha calmado un tanto*). No. Me gustan ver cómo se odian. Ojalá los viera destriparse aquí mismo. A todos ustedes.

90. LOBERO MARTÍNEZ.—(*Desconcertado ante una derrota que no preveía*). Jefe, yo lo apreco. . .
91. ALEMÁN.—Claro, Chilotes y alacalufes siempre se han entendido.
92. LOBERO MARTÍNEZ.—(*Por lo bajo*). Cállate, imbécil.
93. LAUTARO.—Oiganme bien. . . ¡piratas! Uds. no me vuelven a poner los pies en Puerto Edén. Y al decir Puerto Edén digo islas, islotes y canales a cien millas a la redonda.
94. LOBERO MARTÍNEZ.—(*Después de una pausa, conciliador*). Es poco justo, jefe.
95. LAUTARO.—Es una orden.
96. LOBERO MARTÍNEZ.—(*Abrumado*). ¡Quedamos desamparados!
97. ALEMÁN.—(*Solidarizando con el lobero*). Hay una ley en los Canales para proteger a los cazadores. Debe cumplirse, estecequé.
98. LAUTARO.—Hay una ley de Protección al Indio. Y no se cumple. (*Crece su ira*). Y por eso ustedes los explotan y sacrifican hasta matarlos. ¡Fuera, fuera de aquí! (*Los tres loberos quieren protestar, pero ante la carabina que los apunta optan por obedecer*). ¡Fuera! Y el huachacay y sus malditas enfermedades, ¡para las focas! (*Los loberos desaparecen en dirección a la playa. Lautaro hace un esfuerzo para dominarse y llama*): ¡Kethoyo! . . . ¡Kethoyo! ¡Kiustec!
(*Lautaro avanza al encuentro de Kethoyo que entra*).
99. LAUTARO.—¿Por qué diablos has desobedecido? ¿No les prohibí que cambiaran sus pieles a esos hombres? ¿No se los dije bien claramente?
100. KETHOYO.—(*Sin humillarse*). Yo querer cambiar cueris. Tú no dejar.
101. LAUTARO.—No lo permitiré. Ni ahora ni nunca. Ya te he dicho, Kethoyo, lo que quiero para ustedes. Por amor de Dios, trata de entender.

102. KETHOYO.—Yo querer vestido Yanoeks.
103. LAUTARO.—(*Mira hacia el chalet*). ¡Shitt! ¿Está bien escondida la Margarita?
104. KETHOYO.—India vieja cuidar.
105. LAUTARO.—Bien, hasta que se vaya el barco debe estar ahí.
106. KETHOYO.—Yo cuidar. Yo cuidar.
107. LAUTARO.—Lo que te conviene lo entiendes muy bien. Pero cuando se trata de obedecer . . . Que sea la última vez. No toleraré más tus rebeldías. Yo te ayudo a esconder a la Margarita, y tú debes obedecer, y recibir tu ración de provisiones.
108. KETHOYO.—Yo cazar comida. No pidiendo.
109. LAUTARO.—Tú obedecer. Obedecer. Obedecer. Tú quedar aquí. Trabajar aquí. Comer aquí.
110. KETHOYO.—Yo cazar. Yo indiano.
111. LAUTARO.—Tú indiano. Yo blanco. Tú obedecer.
112. KETHOYO.—Tú no blanco. Tú ser Petayen.
113. LAUTARO.—Soy el cabo Lautaro Wellington Edén y de ahora en adelante soy el jefe. Y ni una palabra más. Anda a guardar esas pieles.

(*Kethoyo sale. Lautaro, irritado, sigue hacia el chalet*).
A poco entra el lobero Martínez seguido del chilote Valenzuela. Valenzuela busca una piedra y hace ademán de lanzarla hacia el chalet. El lobero Martínez le sujeta la mano.

114. LOBERO MARTÍNEZ.—No. Pensaremos algo mejor. (*Mirando con odio al chalet*). Nos vamos a ir a alguna caleta. Por aquí cerca. Y al menor descuido de este jetón, volvemos y les robamos las pieles. La temporada fue mala y no me voy a ir así a Punta Arenas. Me las va a pagar este indio metido a gente. (*Amenaza con el puño*). ¡Vamos!
115. CHILOTE VALENZUELA.—Vamos, no más. Y una que otra india habrá también, ¿no es cierto?

116. LOBERO MARTÍNEZ.—Si hay tiempo, ¿por qué no? (*Ríe*).
Y tendrá que aguantarse Don Lautaro Edén y ver cómo crece un Martínez chico.
117. CHILOTE VALENZUELA.—Y un Valenzuela chico, también.
(*Desaparecen ágilmente riéndose por lo bajo*).

(*Apagón en resistencia.*)

La luz vuelve sobre la cocina del chalet. Una puerta a la derecha, ahora cerrada, que comunica con la enfermería. Al fondo una gran ventana doble. Frente a ella una cocina a leña. Su negra chimenea, haciendo codo, sale al exterior por la ventana. A su lado un cajón con tapa para guardar trozos de leña. Más allá un lavaplatos. Al lado de éste una puerta que comunica a un pasillo que da al exterior.

Estantes para guardar la vajilla. Perchas de las que cuelgan capotes para la lluvia y dos gorras de suboficial de aviación. Cerca de la puerta de la enfermería y del lado de la estufa, un estante donde leuda la masa para el pan, tapada con un paño.

Un cordel cerca de la estufa donde cuelgan calcetines de gruesa lana sin hilar y algunos pañuelos de hombre de color indefinido.

En el centro de la habitación, una mesa grande de cocina cubierta con un trozo de hule envejecido. Libros y papeles. Una lámpara de Petromax cuelga del techo. En la pared derecha, mesa de radiooperador.

Acurrucada junto a la puerta que da a la enfermería está Mahuana. Inmóvil y de rostro impasible.

Gonzalito está ordenando paquetes de provisiones que saca de un armario.

Al entrar Lautaro, se apresura en su tarea y llena rápidamente una bolsa con paquetes. Lautaro lo mira un instante. Gonzalito hace lo mismo de reojo, sin dejar de llenar la bolsa. Lautaro deja la carabina y se saca el capote).

118. LAUTARO.—Haga todo lo posible para que Kethoyo reciba su ración igual que los otros. ¡Indio rebelde! . . . Le faltan los puros cachos para embestir como un toro.
119. GONZALITO.—(*Aliviado al recibir una reprimenda por su intervención en el asunto del alemán*). Usted puede confiar en González Zuzeta. Y a propósito de toros, una vez, con mi comandante Errázuriz, estábamos aterrizando en un potrero y las vacas ocuparon la cancha. Entonces se puso a aserruchar vacas. Aserruchaba mi comandante y las vacas no se movían; volvía a aserruchar mi comandante y las vacas no se movían. Entonces le dije: oiga, mi comandante, déjese de aserruchar encima de las vacas, mire que podemos quedar. . . como vacas podemos quedar. Por Dios que se me enojó el hombre, oiga. (*Celebra con carcajadas su chisté*).
120. LAUTARO.—(*Lo interrumpe*). Ya pues, ya pues. Me tiene guatón con su teniente Errázuriz.
121. GONZALITO.—Comandante, mi cabo.
122. LAUTARO.—Para el caso es lo mismo. Olvídese de él un día aunque sea.
123. GONZALITO.—Es que era harto encachao mi. . . (*Oficioso*). ¿Llevo ya las provisiones a los. . . (*Buscando rápidamente una palabra que no irrite al cabo*) indígenas?
124. LAUTARO.—Lleve las inyecciones, también.
125. GONZALITO.—De veritas. (*Muy solícito va a la enfermería*) (*Al llegar a la puerta hace un gesto brusco para que se aparte Mahuana. Mira temeroso a Lautaro que está de espaldas a él*). Con su permiso. (*La aparta con el pie. Mahuana mira ansiosamente hacia adentro. Lautaro la sorprende*).
126. LAUTARO.—(*Con la voz dulcificada*). No, Mahuana. Aún no puedes entrar a ver a tu hijo. Está sanando.

(Mahuana lo mira un poco asustada y permanece inmóvil. Vuelve Gonzalito y cierra la puerta de la enfermería. Mahuana vuelve a acurrucarse, apoyándose en la puerta).

127. GONZALITO.—(Colocando una caja en la bolsa). Todo listo. La penicilina y las jeringas. Y atención a terreno, pues.
128. LAUTARO.—¿Está listo el equipaje de mi sargento?
129. GONZALITO.—Como se pide. ¡Ah, quién como él! Falta tanto para que nos releven a nosotros. Y ese barco ahí. Aquí. Aquí mismo. ¡Cuántos meses pasarán hasta que veamos otro!
130. LAUTARO.—Mejor así. No estamos en la ruta, a Dios gracias.
131. GONZALITO.—Qué raro es usted, mi cabo. ¿Es que no se aburre nunca? ¿No quiere salir de aquí alguna vez?
132. LAUTARO.—Lo que quiero. . . lo que quiero usted lo sabe muy bien. Me quedaré aquí hasta que todos aprendan a respetar a los indios, a no reírse de ellos. Hasta que los traten de igual a igual. Hasta que no los engañe nadie. Ni usted, ni yo, ni esos malditos loberos.
133. GONZALITO.—Pero, mi cabo, yo y usted. . . nosotros, ¿no estamos aquí sólo para manejar la estación meteora? Yo a los indios no los entiendo ni por donde los mire. Y usted, cabo, hablando de hombre a hombre y con el permiso correspondiente, ¿no se está tomando demasiadas atribuciones?

(Lautaro, hierático, no contesta. Gonzalito opta por retirarse).

134. GONZALITO.—Voy a dejar esto. (Toma la bolsa). Con su permiso, mi cabo. (Sale saludando militarmente y con exageración).

135. LAUTARO.—(*Atajándolo con la voz*) (*Seco*). Si ve a algún indio que quiera ir al barco, ya sabe la orden ¡prohibido terminantemente!

(*Entra el sargento y alcanza a escuchar las últimas palabras de Lautaro. Entra en el momento que sale Gonzalito*).

136. GONZALITO.—Sí, mi cabo. Permiso, mi sargento. (*Sale y da un portazo*).

137. SARGENTO.—¿No podía cerrar más fuerte, hombre?

138. GONZALITO.—(*Entra*). ¿Cómo dijo, mi sargento?

139. SARGENTO.—(*Con intención*). Si no podía cerrar más fuerte la puerta.

140. GONZALITO.—(*Sale apresurado*). Sí, mi sargento (*Azota la puerta; grita desde fuera*) ¡Cumplida la orden, mi sargento!

141. SARGENTO.—(*Frunce el ceño ante el portazo, luego ríe*). ¡Este Gonzalito...! A veces lleva demasiado lejos la disciplina. (*De excelente humor*). ¿Y qué es lo que había prohibido tan terminantemente, cabo?

142. LAUTARO.—(*Respetando la jerarquía*). Había pensado... creí conveniente que no volvieran al barco, mi sargento.

143. SARGENTO.—¡Hombre! ¿ni a despedirme?

144. LAUTARO.—Vi cómo se burlaban de ellos.

145. SARGENTO.—No lo tome así. Lo que pasa es que despiertan curiosidad. Es natural. (*Procede a colocar documentos en un portafolio*).

146. LAUTARO.—Es cruel.

147. SARGENTO.—No se haga mala sangre por tan poco. Debe comprender que es raro encontrarse de repente con seres de otras épocas. Y a las gentes les gustan las cosas raras. No les hacen ningún daño. Al contrario, les dan ropas. Ojalá pasaran más a menudo. Nos aliviarían la tarea, que nos hemos impuesto voluntariamente en

esta base. (*Se detiene con un papel en las manos*). “Les aliviarán la tarea. “Les”. Cuando pienso que me voy a sumergir en un baño de agua caliente, sin pensar si hay leña o no hay leña. Y las comidas, Lautaro. Y el vino. . . que si blanco, que si tinto. Ah, pero eso sí. Gran Vino. Tres Estrellas. Borgoña (*Con deleite*). ¡Chablis! (*Vuelve a la realidad al tropezar sus ojos con Mahuana. Hace un gesto de repugnancia*). ¿He sido tolerante, no? Me enerva esa india, todo el día echada ahí.

148. LAUTARO.—(*A la defensiva*). Mientras su hijo esté en la enfermería, ahí estará ella.
149. SARGENTO.—(*La mira un momento*). Bueno, que el diablo cargue con ellos. Me voy sin haberlos entendido. (*Mira a Lautaro*). Tampoco lo he entendido a Ud., Lautaro. Espero no haberme equivocado al dejarlo al mando.
150. LAUTARO.—Puede dejar al cabo González.
151. SARGENTO.—(*Divertido*). Gonzalito es muy gallo, pero un poco loco. Además, es segundo, apenas. No, Ud. es el hombre. . . siempre que olvide sus resentimientos. (*Ante un gesto de Lautaro*). No se me engrife. Don Pedro Aguirre Cerda lo eligió para. . . educarlo y se espera, dentro de lo posible, que usted haga lo mismo con estos salvajes. Sí, esa es la verdad. Son salvajes. Usted también lo era. (*Severo*). Pero el indio Petayem Terwa Koyo murió. Ahora usted es Lautaro Wellington Edén. (*Se corrige*). El cabo Wellington Edén. (*Amable nuevamente, le palmorea el brazo*). Y si de vez en cuando le sale el indio, échele no más. Pero que sea para bien. Ni muy evangelista ni muy carabiniero. Lo oí cómo discutía con los loberos. Déjelos que vengan de vez en cuando. No son mala gente. Y si se pescan una india por ahí, ¡qué diablos! Las noches son tormentosas y negras. Y el espíritu del mal ronda

por los canales... (*Rie divertido*) ¡Ayayema... Ayayema...!

(*Mahuana al oír el nombre se acurruca contra la puerta aterrorizada*).

152. MAHUANA.—¡Ayayema, no... Ayayema no...! (*Se cubre la cabeza con los brazos*).

153. LAUTARO.—(*Hace ademán de ir hacia ella, pero se detiene*). La ha asustado. No debió nombrar eso. Trae desgracia.

154. SARGENTO.—¡Bah! No me diga que usted cree todavía en ese Dios maléfico. Ahí tiene un buen trabajo. Quitarles de la cabeza que el viento de la noche es Ayayema. Que en los pantanos vive Ayayema. Que cuando se ahogan o se mueren es por Ayayema y que todo lo que les ocurre de malo es causado por esa especie de Dios infernal.

155. LAUTARO.—(*Nervioso*). Está bien, está bien.

156. SARGENTO.—Sería un paso adelante. Que creyeran en Dios y que Dios es bueno.

157. LAUTARO.—El Dios que yo conozco no los conoce a ellos.

158. SARGENTO.—(*Sin querer entrar en discusiones*). No sea hereje, Lautaro.

(*Entra Akiuma. Viste pantalón viejo y descolorido y pullover tipo firpo, gris tejido con gruesa lana sin hilar. Es el uniforme de parada. Va descalzo y en las manos trae un par de relucientes botas negras*).

159. SARGENTO.—Ah, aquí llegó mi buen Akiuma. Termina de vestirme.

(*Akiuma recoge del respaldo de la silla una guerrera. Procede a colocar con muchísimo cuidado la chaqueta al sargento*).

160. SARGENTO.—Te portarás bien, Akiuma. (*Ese asiente con la cabeza*). Y serás un buen ordenanza del Cabo Wellington Edén. (*El indio asiente repetidamente, iluminada su cara por amplia sonrisa*).
161. SARGENTO.—Me alegro por usted, Lautaro. Se ve que lo quieren. Pero mano dura, ¿eh? Principio de autoridad. (*A Akiuma*) A ver, hombre, estas botas. (*Se sienta y el indio le cambia los zapatos por las botas. Observando a Lautaro que permanece callado, con inexpresivo rostro*). Diga, algo, Edén. Yo sé que cuando permanece callado, o se me escapa o critica, ¿mm? No se me vaya por la negativa. (*Pausa*) ¿Qué me dice?
162. LAUTARO.—(*Después de un esfuerzo logra sonreír levemente*). Base de Puerto Edén, sin novedad, mi sargento.
163. SARGENTO.—(*Aliviado*) ¡Bravo, mi amigo! (*Se incorpora*) Me puedo ir tranquilo. (*Le golpea el pecho*) Veo que en esta coraza está entrando el sentido del humor. (*Se coloca su capote de lluvia*). Y eso es lo esencial en la vida. Los tontos graves se mueren antes de tiempo. Y si uno no tiene un poco de humor en este lugar de porquería... (*Mira el reloj*) Me estoy atrasando. Hágame traer a la india Margarita.
164. LAUTARO.—Akiuma, trae a Yanoeks.

(*Akiuma lo mira interrogante. Lautaro le hace una seña de entendimiento. Sale*).

165. SARGENTO.—Mi mujer va a estar muy contenta con el regalo que le llevo.
166. LAUTARO.—(*Con intención*) ¿La india, mi sargento?
167. SARGENTO.—La india, pues (*se arrepiente*). Es decir, las pieles y esos canastitos de mimbre que hacen... esas canoítas.
168. LAUTARO.—¿La piensa educar?

169. SARGENTO.—¿A quién? Ah, sí, por supuesto. Será un buen experimento con una mujer. Y quién sabe si podríamos surtir de empleadas a Santiago; como las que van a Magallanes desde Chiloé.

170. LAUTARO.—(*Inexpresivo*). Quién sabe, mi sargento.

171. SARGENTO.—(*Molesto por la conversación*). ¿No cree que sería mejor suerte que morir tuberculosas en estas islas? Ya verá lo mucho que hago por la Margarita de los Canales.

(*Entra Akiuma solo*).

172. SARGENTO.—¿Qué pasa? ¿No está lista? ¿Quiero revisarla antes de llevarla al barco. ¿Le pusieron la pollera y la blusa que le hicimos? (*Silencio de Akiuma*). Habla, estúpido.

173. AKIUMA.—No estar.

174. SARGENTO.—¿Cómo que no está? Ordené que estuviera lista temprano ¡Atado de holgazanes! ¡Indios inútiles! Les doy (*mira el reloj*) dos minutos para que me la traigan.

175. AKIUMA.—No estar en nada parte.

176. SARGENTO.—(*Mira amenazante a Lautaro*). ¿Tiene usted algo que ver en esto?

177. LAUTARO.—(*Impenetrable*). No, mi sargento.

178. SARGENTO.—(*A Akiuma*). Tráeme a Kethoyo.

(*Sale Akiuma. Sargento se pasea furioso*).

179. SARGENTO.—Debí suponerlo. Usted es responsable de esto. La han escondido. ¡Cómo no iba a ponerse de parte de ellos. Sacaron mucho con civilizarlo! ¡Dinero tirado a la calle!

(*Lautaro permanece impasible. Entra Kethoyo. El sargento se encara con él, sin que éste demuestre temor*).

180. SARGENTO.—¿Dónde metiste a Margarita? (*Amenazador*).
¡Habla, indio! Tú tienes que saber dónde está. En tu choza vive. No voy a permitir que la única india con cara de gente se quede aquí, entre salvajes. ¿Has oído?

(*Kethoyo niega pausadamente con la cabeza. El sargento lo sacude violentamente. El indio se aferra a su garrote en actitud defensiva. Lautaro se acerca a él para calmarlo*).

181. LAUTARO.—Callih (trad. Déjalo). Newentulen (trad. aguanta).

182. SARGENTO.—No hablen en indio delante mío. ¿Vas a hablar, demonio? (*Amenaza con el puño a Kethoyo*).

183. LAUTARO.—No le pegue. El no sabe nada.

(*El sargento lo deja violentamente. El indio trastabillea. Lautaro lo sostiene y ambos así unidos por un instante miran al sargento. Este comprende que ha perdido y con enojo recoge de la mesa su portafolio*).

184. SARGENTO.—No comprenden cuánto puedo hacer por esa niña. Hacerla olvidar que es india.

185. LAUTARO.—¿Por qué? ¿No son gente como los demás?

186. SARGENTO.—No tengo tiempo ahora de discutir. Lo único que sé es que se han insubordinado torpemente. Margarita de los Canales puede ser otra cosa y ustedes no lo quieren. Es inteligente. Bonita. Cualquier lobero puede venir un día y se la llevará para él, delante de sus propias narices.

187. LAUTARO.—(*Lo interrumpe*). Kethoyo cuidará de ella.

188. SARGENTO.— ¡Valiente porvenir!

189. LAUTARO.—Estará entre su gente.

190. SARGENTO.—Creí que usted se había civilizado más, Lautaro.

191. LAUTARO.—Es que yo pienso... si se saca lo mejor de aquí... quedará lo peor... (*Trata de fijar su idea*) entonces cada vez que esto sucediera, esta gente iría como hacia abajo. No sé explicarlo bien. Pero si se llevan a los más fuertes o a los más inteligentes, o a los de mejor cara, me parece que los demás quedan más pobres y más solos y se pueden morir más pronto.

192. SARGENTO.—No sé. No sé lo que debe hacerse. Pero antes que el barco se vaya, les prometo que me llevaré a Margarita. A no ser que alguien más capacitado que yo me convenza que no vale la pena. Esto me está provocando un fuerte dolor a la úlcera (*se soba la parte afectada*).

(*Suenan pitazos del barco*).

193. SARGENTO.—(*Con cierta solemnidad*). Cumpla todas las instrucciones que le he dejado... No olvide ni un momento que es un suboficial de la Aviación. Haga honor al uniforme y a esas insignias que lleva puestas. Hágame el favor de llamar a los indios que me acompañan. Que se vaya éste.

(*Kethoyo sale a una señal de Lautaro, orgulloso y rebelde. Lautaro se asoma a la puerta y llama*).

194. LAUTARO.—¡Akiuma! Ya pueden venir. (*Al sargento*). Iré al barco a dejarlo, mi sargento.

195. SARGENTO.—Gracias, prefiero que se quede aquí. A Gonzalito lo veré a la salida.

196. LAUTARO.—(*Excusándolo*). Está repartiendo los víveres.

197. SARGENTO.—Lo sé. Hoy es el día.

(*Entran Akiuma, Latorre, Ladrillero y Tchkwál, todos vestidos tal como Akiuma. Se colocan de dos en dos haciendo calle*).

198. SARGENTO.—(*En posición firme ante Lautaro*). Cabo Lautaro Edén. (*Lo mira un momento y luego se decide, le estrecha la mano. Se saludan militarmente en posición firme*). ¡Dios lo proteja!

(*El sargento se coloca la gorra, se sube el cuello del capote y sale pasando entre los indios que están en posición firme. Lo siguen de dos en dos.*)

Lautaro los mira con severa desaprobación. Luego pausadamente se dirige a la ventana y mira cómo se alejan. Queda un momento pensativo y luego toma la cafetera que hay sobre la estufa. Con ella en la mano va hacia el estante de la vajilla. Al pasar por el cajón de la leña lo abre y muy del fondo extrae un palo que echa al fogón de la estufa. Trae su taza y se sirve. Al hacerlo repara en la india. Duda un momento y le lleva la taza con café. El se sirve otra. Mahuana lo mira con temor y sin atreverse a beber).

199. LAUTARO.—(*Suavemente*). No tengas miedo. Ya se fue el sargento.

(*Lautaro se acerca a ella y su hierática expresión cambia visiblemente como para expresar un sentimiento muy parecido al amor*).

200. LAUTARO.—¡Mahuana! Me gusta tu nombre.

(*La india alza la cabeza replegándose contra la puerta*).

201. LAUTARO.—¿Por qué tienes miedo? Siempre que me acerco a ti es lo mismo ¿Por qué? Dílo.

(*Mahuana siempre temerosa le toca la guerrera. Lautaro ríe levemente y se incorpora*).

202. LAUTARO.—¡Ah, era eso! ¡Qué tonta!

(Se saca la guerrera. Queda en grueso pullover).

203. LAUTARO.—Toma tu café. Bueno para el frío.

(La india lo toma e inmediatamente lo escupe. Lautaro bebe el suyo y ríe brevemente).

204. LAUTARO.—Espera. *(Trae azúcar y le echa una buena porción revolviéndola con su cuchara).* ¡Ahora!

(Mahuana con desconfianza bebe y luego una amplia sonrisa ilumina su rostro. Lautaro queda mirándola, fascinado. Mahuana, temerosa, apaga su sonrisa).

205. LAUTARO.—No. Sonríe otra vez.

(Mahuana lo hace tímidamente y luego sonríe confiada, alegre. Un ruidito en la garganta es como el comienzo de una carcajada. Un poco avergonzada sigue tomando su café. Lautaro se agacha hasta poner su cabeza al nivel de la de ella).

206. LAUTARO.—Una cosa quiero pedirte. No te vayas por ahí con nadie. Nunca más. Ni con indiano. Yo... *(No se atreve a expresar un sentimiento)* yo quiero cuidar de ti.

207. (CONTINUACIÓN).—*(Mahuana lo mira tratando de comprender. Luego sonríe y sigue tomando su café).* Si eres buena te haré una canoa. *(Mahuana casi se atora de la emoción. Lo mira maravillada).*

208. MAHUANA.—¿Canoa? ¿Yo canoa... yo?

209. LAUTARO.—Sí, Mahuana. Canoa tuya y saldremos con Pelo de Paja a mariscar. Y también cazaremos *(se incorpora arrebatado por sus sueños)*. Repletaremos la canoa de lobos. Compraré un cúter. Y lo repletaremos también. Todos juntos. Y luego construiremos un

gran galpón y guardaremos las pieles. Tendremos una gran cooperativa de pieles. Y seremos... un pueblo, un gran pueblo, respetado. (*Vuelve a la realidad*). (*Mahuana le alargó su taza vacía*). Te daré leche.

(*Va hacia el armario y a un tarro de leche condensada le hace dos hoyos. Se lo entrega a Mahuana que sorbe golosamente*).

210. LAUTARO.—Te pondré zapatos. ¡Zapatos para todos! (*Ella sonríe sin comprender*). Y bien abrigados. Todos. Te gustará Mahuana.

211. MAHUANA.—¿Canoa?

212. LAUTARO.—(*Un poco decepcionado*). Sí... la canoa.

(*Bruscamente entra Akiuma. Muy excitado*).

213. AKIUMA.—Ya volver, capetén.

214. LAUTARO.—Tan pronto. Han remado fuerte.

215. AKIUMA.—Canoa barco venir buscar capetén.

216. LAUTARO.—(*Alarmado*). ¿La Margarita?

217. AKIUMA.—Capetén enojado. Yo no decir.

218. LAUTARO.—Sigue vigilando y que nadie se aleje de la playa.

(*Akiuma no se mueve*).

219. LAUTARO.—(*Haciéndole ademán de que se vaya*). ¡Kius-tet! (*Apresúrate*).

220. AKIUMA.—(*Se decide a hablar*). Indianos querer ir barco cristianos. Yo querer.

221. LAUTARO.—¿Dónde están Alessandri, Ladrillero, Kethoyo? (*Akiuma señala al exterior*). (*Lautaro va hacia la puerta, pero se detiene*). ¡Tráelos aquí!

(*Akiuma sale. Lautaro se coloca la guerrera y compone su aire de mando. Entran los indios cubiertos sólo por un taparrabos*).

222. LAUTARO.—(*Va hacia ellos, furioso*). ¿Qué significa esto?
223. AKIUMA.—Querer ir barco.
224. LAUTARO.—¿No fuimos esta mañana a llevar mariscos?
Indios testarudos.
225. ALESSANDRI.—Querer volver.
226. LAUTARO.—¿Dónde están los demás? (*Akiuma señala el exterior*). ¿Todos desnudos? ¿Kethoyo también?
227. AKIUMA.—(*Con desdén*). No Kethoyo.
228. LADRILLERO.—(*Con amplia sonrisa*). Muchos crestiano en barco.
229. TCHKWAL.—Capetén dejar ir barco.
230. LAUTARO.—Se vestirán inmediatamente. Olvídense del barco.

(*Hablan casi simultáneamente*).

231. LADRILLERO.—Kúspicer skep: (*pantalones*).
232. ALESSANDRI.—Kurcui nana: (*chaqueta*).
233. TCHKWAL.—Indiano ahuel askakay: (*comida*).
234. AKIUMA.—Tapponac, tapponac: (*cartuchos*).
235. LADRILLERO.—Tčoema, tčoema: (*cigarrillos o tabaco*).
236. ALESSANDRI.—Ala cala.
TODOS.—Ala cala. Ala cala.
237. LAUTARO.—¡Silencio! Akiuma, trae las ropas de estos hombres y ordena a los demás que se vistan. Y tú eres el responsable. Diez días de calabozo al que se aleje de la playa.

(*Akiuma obedece inmediatamente*).

238. LAUTARO.—(*A los demás que han quedado mudos y desolados*). Desde mañana comenzaremos a trabajar duro.

Habr  ejercicios. Mucha disciplina. Y aprenderán a marchar (*Akiuma entra con la ropa*). Vayan a la enfermería a vestirse. Y ahí esperan hasta que yo los llame. T , Akiuma, si alguien viene del barco me avisas inmediatamente. (*Akiuma sale*). (*Los tres indios toman sus ropas y obedecen sumisos*). Sin hacer ruido que hay un chico enfermo.

(*Salen en la dirección indicada los indios. Lautaro después de un momento de indecisión los sigue. Mahuana al verse sola y con el armario de par en par abierto se levanta y corre hacia él. Lo mira todo y sus manos van de un paquete a otro sin saber qué escoger. Abre uno y el azúcar se vierte. Lo prueba golosamente y come unos puñados. Luego lo deja y escoge una barra de jabón. Lo huele. Le agrada. Y le da un buen mordizco. Seguidamente lo tira al suelo. Con este movimiento hace caer unos tarros de conserva. Al estrépito entra Lautaro. Va hacia ella que intenta escapar. El la detiene*).

239. LAUTARO.— Ratera desvergonzada!  No se les quitar  nunca la costumbre? (*Al ver que sigue tosiendo escandalosamente*).  Qu  comiste? (*Mahuana señala el jabón*)  Jab n! Me alegro que comieras jabón. Así escarmentar s. (*Divertido*). No tosas más. (*Mahuana deja de hacerlo y encoge como defendiéndose de un golpe*). No voy a pegarte. No lo he hecho nunca. Pero sí puedo hacer algo bueno por ti. No eres fea, Mahuana y uno de estos días te cortar  el pelo. (*Le entrega el jabón*). Con esto te lavas. Te desnudas y te pones bajo la lluvia. Y te resfriegas hasta que el cuerpo se te ponga colorado. Sin miedo;  anda! Yo cuidar  a tu hijo. (*La empuja a la puerta*).

(*Mahuana sale. Gonzalito entra en ese momento y le hace una mueca*).

240. LAUTARO.—No se ría de ella.
241. GONZALITO.—(*Deja la bolsa vacía en el suelo*). Fue una mueca apenas. ¿Cree que tengo ganas de reírme?
242. LAUTARO.—¿Recibió su ración Kethoyo?
243. GONZALITO.—Ni una cosa.
244. LAUTARO.—Tendré que ser más severo con él. Hasta que se someta. ¿Hay otros enfermos? (*Se dirige a la mesa de radio y comienza a arreglar el aparato*).
245. GONZALITO.—Los mismos. Están bien coloraditos. Les puse penicilina, porque para mí que es pulmonía. (*Se sienta desolado*). Cómo se ve de bonito ese barco. ¡Recontra! Tengo tanta rabia de pensar que el sargento se va para siempre. Palabrita que es cierto. Con el primer lobero que pase me voy a Chiloé. Y de ahí nadie me para hasta llegar a Santiago.
246. LAUTARO.—Ya le tocará su turno. Tenga paciencia (*Buscando una forma de animarlo*). ¿Oiga, por qué no ve si levantó la masa y hace el pan?
247. GONZALITO.—(*Sin moverse*). Le falta leuda.
248. LAUTARO.—Ya ha tenido tiempo de leudar.
249. GONZALITO.—Ya no creo ni en la masa del pan. No creo en nada. Hasta que no lo vi en el bote reventando de contento no se me hizo patente mi desgracia.
250. LAUTARO.—(*Siempre trabajando*). No es para tanto. Aquí no lo pasa mal. No hay arrestos. Hágase unos panes con forma de barco y los mete a navegar en el horno. Así se animará.

(*Gonzalito obedece rezongando y con gestos bruscos dispone la masa en la mesa. Le pega puñetes y la azota contra la tabla. Lautaro sonríe divertido. Gonzalito hunde un dedo en la masa desaprensivamente y luego observa curioso. Vuelve a hundir el dedo y ante el resultado desaparece su estado depresivo*).

251. GONZALITO.—(*Eufórico*). Lo pudimos mi cabo. Lo pudi-

mos. Venga y meta el dedo. Por favor, venga (*Lautaro obedece. Gonzalito lo mira extasiado*). Era con agua de papas. (*Hunde todos los dedos lleno de alborozo*). Así era como leudaba bien la masa.

252. LAUTARO.—Era con agua de papas. Lo felicito. Lo citaré en su hoja de servicios distinguidos.

253. GONZALITO.—(*Se pone a trabajar con bríos*). Ahora, hasta que le salgan los cuetes.

254. LAUTARO.—(*Viendo tanto entusiasmo*). ¿Qué tal una lavadita de manos antes de seguir adelante?

255. GONZALITO.—(*Se saca la masa de los dedos*). Tanta exageración que le pone a todo usted. (*Se lava las manos y las seca*). Se da cuenta. Como me vine a recordar. Si no habla cosa que no supiera mi comandante Errázuriz, pues.

256. LAUTARO.—Salió otra vez. Será por los calabozos que le tiró que se acuerda tanto de él.

257. GONZALITO.—Duro de genio era. (*Lo imita en voces ásperas de mando*). Hep... Hep... Hep... Pero era re gallo.

258. LAUTARO.—(*Haciendo un pan*). Si pudiera recoger a todos los alacalufes que andan por los canales, les daría un pan como éste. Les daría...

259. GONZALITO.—Yo les daría patadas por brutos. ¿Sabe lo que hizo el viejo ese que se las da meico? Le hizo tragar a la vieja Taksé pedazos de cuero ardiendo. Así está ahora. Todo el gznate quemado.

260. LAUTARO.—¿Pudo hacer algo por ella?

261. GONZALITO.—Sí, algo hice. Y al viejo meico también le hice algo. (*A espaldas de Lautaro patea un ser imaginario*). Están muy asustados. Creen que Ayayema la quemó para llevársela.

(*Entra Akiuma excitadísimo con una gran sonrisa*).

262. AKIUMA.—¡Ofchac léyec!

263. LAUTARO.—Estás loco.
264. AKIUMA.—(*Asiente*). ¡Ofchac láyec!
265. LAUTARO.—(*Burlón*). Una mujer bonita aquí. Estás viendo visiones.
266. AKIUMA.—Barco sargento no ir. Crestianos de barco queriendo ver indianos.
267. LAUTARO.—(*Alarmado*). ¿Dónde está Margarita?
268. AKIUMA.—No peligro.
269. LAUTARO.—Vigílala. ¿Dónde están todos?
270. AKIUMA.—Con crestianos (*Muestra orgulloso un paquete de cigarrillos*). Tcoema (fonética techquema).
271. LAUTARO.—(*Quiere arrebatarlos, pero el indio se escurre*). Por un atado de cigarrillos . . . entregándose por un paquete de cigarrillos.

(*Lautaro va hacia la pared y descuelga su carabina. Akiuma y Gonzalito lo miran asustados. Akiuma opta por desaparecer*).

272. GONZALITO.—No se sulfure, mi cabo. Sólo vienen a echar una miradita, como usted no los dejó que fueran al barco . . . Piénselo, mi cabo. No les va a pasar nada. Quizás qué van a pensar de nosotros si lo ven con esa carabina. Es como si tuviera puro odio, no más. No se acrimine. (*Lautaro está inmóvil mirando hacia la ventana con la carabina fuertemente empuñada*). Déjelos que se junten. Es lo que decía mi sargento. ¿No se acuerda, mi cabo?
273. LAUTARO.—(*Se da vueltas, colocándose de espaldas a la ventana*). Vaya a atender a esos pasajeros. Pero trate de que se vayan . . . que se vayan lo más pronto posible.

(*Gonzalito se apresura a obedecer. Lautaro hace un gesto como si no quisiera ver ni oír lo que sucede afuera. Sigilosamente se abre la puerta de la enfermería. Los tres in-*

dios que estaban en ella salen vestidos y atraviesan la habitación, procurando hacer el menor ruido posible. A pesar de que van, como siempre, descalzos, Lautaro los oye y se yergue lentamente, moviendo apenas la cabeza alcanza a divisar al último que sale de la habitación. No hace ni un gesto para llamarlos. Su rostro se torna enigmático. Con rápido movimiento sus manos quitan el seguro de la carabina. Toda su expresión se altera).

La escena se obscurece.

Vuelve la luz a otro sector del exterior. Hacia la izquierda del actor, declive que termina en la playa fuera de la escena. A la derecha del actor, matorrales, más bien árboles, achaparrados por el continuo y fuerte viento. La atmósfera es lluviosa e impregnada de humedad. Choza de Kethoyo. Tiene forma de cúpula confeccionada con varillas de las cuales un extremo se entierra en el suelo y el otro se amarra con el opuesto. Sobre ellas se han colocado trapos, pieles de foca con el pelo hacia afuera para que la lluvia se escurra y la nieve; ramas con hojas y conchas de almejas y cholgas. De la parte superior de la choza sale un débil penacho de humo. En escena Ladrillero, Alessandri y Tchkwal miran hacia la playa y murmuran entre sí. Aunque están ansiosos no lo expresan. Se agrupan cuando entran los blancos. En la tierra algunos manchones de nieve.

(Gonzalito entra de la playa. Acompañando a Hombre y Mujer. Pasajeros del barco, vestido él con ropa de viaje, muy abrigado, y ella envuelta en abrigo de piel y cabeza cubierta con pañuelo. Ambos miran el lugar con mucha desconfianza).

274. GONZALITO.— *(Grita hacia la playa)*. Amárrese bien el bote. *(A los pasajeros)*. Aquí el viento hace de las suyas.

(El hombre se vuelve atento a la maniobra).

275. GONZALITO.—(*Muy seguro de sí mismo*). No se preocupe, señor. El hombre sabe su oficio. Mi cabo no pudo venir a recibirlos. Está muy ocupado arreglando el transmisor. Por aquí mejor, señorita. Esto está lleno de charcos. Recién no más llovió. ¿Y se fijó? Era lluvia con nieve.
276. MUJER.—(*Molesta*). ¡Por Dios!, nieve en septiembre.
277. GONZALITO.—Tendrá que disculpar, señorita. (*Muestra la choza*). Esto es una choza. Aquí vive el Kethoyo, la mujer del Kethoyo, la mujer del hermano del Kethoyo que se murió, la india chica, dos o tres viejos y la India Vieja, también.
278. HOMBRE.—(*Incrédulo*). ¿Tanta gente ahí?
279. GONZALITO.—Será por el frío, digo yo.
280. MUJER.—¿Estos indios son feroces?
281. HOMBRE.—No preguntes tonterías, mujer. (*Prepara su máquina fotográfica*).
282. GONZALITO.—No hacen nada. Y, además, no se olvide que está Ud. con el cabo González Zuzaeta.
283. MUJER.—Si usted lo cree así... (*Aún desconfiada*).
284. GONZALITO.—Si bajaron a ver indios, lo mejor es que los vean bien. Pero el olor quizá si lo aguanten.
285. MUJER.—Son horribles.
286. GONZALITO.—Bonitos no son, pero son legítimos.
287. MUJER.—¿Se parecen en algo a los demás hombres?
288. GONZALITO.—Descúidese, no más y va a ver.
289. HOMBRE.—Hombre...
290. GONZALITO.—Disculpe, no quise ofender. Como ella me pregunta... (*Señala a Ladrillero*). Y ese chascón le tiene clavada la vista. Una vez se robaron de un cutter que estaba fondeado, una mujer igualita a usted, por lo rubia, ¿no?
291. HOMBRE.—Parece usted un guía profesional. ¿Se podrá entrar a la choza? Me gustaría echar una mirada.

292. GONZALITO.—No hay ningún inconveniente. (*Va hacia la choza*).
293. MUJER.—(*Halagada por la mirada de Ladrillero*) ¡Qué aventura más fascinante!
294. GONZALITO.—(*Levanta el trapo que cubre la entrada. Se ve brillar el fuego en el centro de la choza*). Está un poco fuerte el olor.

(*La mujer, después de algunos remilgos, se decide y asoma la cabeza. Retrocede violentamente como si hubiera recibido un mazazo. Se lleva la mano a la boca reprimiendo la náusea. El hombre corre hacia ella*).

295. HOMBRE.—(*Alarmado*). ¿Qué pasó? ¿Algún indio?
296. MUJER.—(*Jadeante*). El olor . . . , el olor más horrible del mundo.
297. GONZALITO.—(*Sin darle importancia*). Es la grasa de foca que se ponen. Y las cholgas. ¿Se fijó cómo las asaban?

(*La mujer no responde. Tiene una arcada*).

298. HOMBRE.—Yo creo que exageras.

(*A su vez el hombre entra y soporta unos segundos, observando el interior. Sale serio. Tratando de disimular su repugnancia*).

299. MUJER.—(*Estupefacta*) ¿Aguantaste?
300. HOMBRE.—(*Saca un pañuelo de bolsillo y aspira repetidamente su perfume*). (*Apenas audible*). No era para tanto. (*A Gonzalito*). Me pareció retroceder 10.000 años de un golpe. ¿A usted no le pasa así?
301. GONZALITO.—(*Sin entender*). No, yo estoy hace poco aquí.
302. HOMBRE.—(*Comprende y no insiste*). Volvamos al barco. Ya lo hemos visto todo.

303. MUJER.—(*Repuesta de su anterior estado*). Aún no. Quiero que me saques una foto con estos indios. (*A Gonzalito*) y usted también.
304. HOMBRE.—(*Complace de malas ganas*). Se te ocurre cada cosa. Bueno, colóquense
305. GONZALITO.—(*Llama a los indios para que se acerquen*). ¡Ladrillero, Alessandri, . . .tú Tchkwál también. Aquí!

(*Se forma el grupo. La mujer hace un mohín de asco al acercarse a un indio, pero es más fuerte la vanidad de mostrar luego la foto a sus amigas y se coloca al lado de Ladrillero, que sigue con la vista fija en el cuerpo de la mujer*).

306. MUJER.—Mis amigas se van a morir cuando vean esta foto. (*Toma el brazo de Gonzalito, que posa a su lado muy satisfecho*).
307. HOMBRE.—Ya, ahora sí que nos vamos. (*Se sube el cuello de su gruesa chaqueta*). Está empezando a llover, otra vez.
308. MUJER.—¿Pielés no tendrán estos indios?
309. GONZALITO.—Ni una, señorita. Estuvo malaza la temporada. Algún canastito de mimbre, si quiere, o una canoíta.
310. MUJER.—Eso no. (*Decepcionada se encamina hacia la playa*).
311. GONZALITO.—(*Con un sano deseo de no defraudarla en su visita*). Fijese que este chascón todavía la está mirando. (*De pronto se ilumina*), ¿sabe lo que pasa? El cree que son sus cueros los que usted lleva en el abrigo. ¿Y por qué no puede ser? ¿Son lobos, no es cierto?
312. MUJER.—(*Se abriga coqueta en él*). De dos pelos. (*Interesada*), ¿usted cree que él los cazó?
313. HOMBRE.—No le cuente más historias, por favor. Estoy empalado de frío. Vamos, mujer.

314. MUJER.—Es que esto es muy bueno. ¿Usted cree que él los cazó?
315. GONZALITO.—No diré que todos, porque Cabo de Hornos está muy lejos, pero uno que otro, sí.
316. MUJER.—¡Qué fascinante! ¡Fijese que una vez estuve en Africa y conocí al negro que sacó de las minas este diamante. (*Lo hace brillar ante los ojos de Ladrillero*).
317. HOMBRE.—(*A punto de perder la paciencia*). No exageres, mujer. El cabo no es tonto.
318. MUJER.—Sé bueno y saca unas fotos, ¿ya? A eso viniste. (*Se vuelve interesada, hacia Gonzalito*). Dígale algo (*señala al indio*).
319. GONZALITO.—Oye, chascón. Se llama Ladrillero. Tus cueros, entiendes, cueris... lobo que tú matar, aquí, en mujer. Disculpe que no le diga señorita. Es para que entienda mejor. Con permiso (*le toma una punta del ruedo del abrigo y se lo coloca sobre la mano del indio*). Cueris tuyos en mujer.

(*El hombre ha prestado atención un momento, pero al ver la impasibilidad del indio, se aleja hacia la playa, tomando ángulos con su máquina*).

320. GONZALITO.—(*Decepcionado*). Son más duros de cabeza. Una lección práctica y no la entienden. Vamos, señorita. (*Acompaña a hombre*).
321. MUJER.—Les perdí el miedo. Le saco una foto y me voy.
322. HOMBRE.—¡Puerto Edén! ¿Quién pondría este nombre a semejante sitio? Y que algo pueda vivir aquí... , crecer... , respirar. Y hay árboles... (*Mira a los indios*), y hasta gente. ¿Cómo?
323. GONZALITO.—(*Tratando de dar una opinión*). Pues, yo creo que... , en mi opinión... , a mí me parece que... , (*se interrumpe al oír un agudo chillido, aterrado de la mujer*).

(La mujer en su afán de tomarle una buena foto a Ladrillero se acercó demasiado. El indio se abalanza sobre ella abrazándola con el deseo de tocar sus pieles. Sus manos se deslizan sobre ellas. Aparentemente, por el forcejo de ambos, pareciera que el indio quisiera robársela. Gonzalito y el hombre corren hacia Ladrillero y a viva fuerza lo apartan de la mujer que casi cae en los brazos del hombre. Gonzalito le propina un bofetón al indio que lo arroja al suelo. Ladrillero tocándose la parte golpeada lo mira sorprendido. Los otros indios huyen).

324. HOMBRE.—¿Ve lo que sacó con sus historias?

325. GONZALITO.—*(Furioso va hacia el indio y lo pateo)* ¡Indio asqueroso!

326. LADRILLERO.—Querer tocar cueris . . . , mis cueris.

327. GONZALITO.—*(Grita sin poder controlarse)*. Atreverse a tocar una mujer blanca . . . , te voy a enseñar, desgraciado.

(Hombre y mujer no se atreven a moverse. El indio se acurruca en el suelo protegiéndose lo mejor que puede de los puntapiés. Entra Lautaro con el fusil en la mano. Al ver la escena se abalanza sobre Gonzalito apartándolo con brusquedad. Ayuda al indio a levantarse. Hombre y mujer miran extrañados).

328. LAUTARO.—¿Qué ha pasado?

329. GONZALITO.—Este indio se atrevió a abrazar a la señorita. Si no estoy listo se la roba. Hay que castigarlo para que aprenda.

330. LAUTARO.—*(Seco)*. Yo sabré. *(Mira al indio y luego a los pasajeros)*. ¿Por qué ha pasado esto?

331. HOMBRE.—En realidad . . . fue tan inesperado . . . Nadie tiene la culpa. Al fin y al cabo, ¿qué se puede esperar de un salvaje? No lo castigue.

332. LAUTARO.—Eso es asunto mío. (*Al indio*), ¿por qué lo has hecho?

333. LADRILLERO.—(*Señala a la mujer*). Mis cueris. . . , yo tocar mis cueris.

334. LAUTARO.—(*Le indica que se vaya*). ¡Amún!

(*Sale el indio hacia la playa, cojeando levemente*).

335. LAUTARO.—(*Friamente cortés*). Espero que se hayan divertido bastante. Ya no hay nada más que ver. (*A Gonzalito*). Acompáñelos al bote, cabo. (*Suenan pitazos del barco*). Están atrasando la salida del barco. Váyanse de una vez.

(*Gonzalito los invita con un ademán a salir. El hombre avanza unos pasos hacia Lautaro*).

336. HOMBRE.—Reconozco que fue una tontería la historia de las pieles y no debí permitirlo. (*Señala a Gonzalito*). Y no apruebo en absoluto la conducta de este señor. Simpatizo con estos pobres indios.

337. LAUTARO.—No me importa su simpatía.

338. HOMBRE.—(*Sorprendido*). Estoy dando una explicación.

339. LAUTARO.—Nadie se la ha pedido.

340. HOMBRE.—(*Molesto*). Su conducta es un poco extraña, cabo. Le convendría saber que soy persona muy influyente y amigo personal del general en jefe.

341. LAUTARO.—Yo soy el general en jefe de toda esta región. Aquí no hay más ley que la mía.

342. HOMBRE.—¿Y usted es el hombre que va a mandar y proteger a estos indios?

343. LAUTARO.—¡Yo soy! Los mando y los protego . . . de ustedes, los blancos.

344. HOMBRE.—(*Extrañado*). ¿Cómo ha dicho?

345. MUJER.—No le hables más. Debe estar borracho. O a lo mejor a él también lo ha trastornado mi abrigo de lobo.

(Lautaro se acerca a la mujer y, bruscamente le toma el abrigo).

346. HOMBRE.—Suelte ese abrigo.

347. LAUTARO.—*(A la mujer)*. Después de lo que ha pasado, no podría ponérmelo jamás. Cada pedazo de piel es el pellejo de un indio que han pateado. *(La suelta)*. ¡Váyase a su barco! Báñese y llénese de sus perfumes. No quiero que se lleven ni una gota del olor de estos hombres. ¡Cabo González! Acompañe a esta gente al bote, he dicho.

349. GONZALITO.—*(Muy atento)*. A la orden, mi cabo. *(Les hace Señal a los turistas que se apresuren)*.

350. HOMBRE.—*(Altanero)*. No tendré más remedio que estampar mi protesta en Santiago. Su conducta es repudiable.

(Lautaro se vuelve dándoles las espaldas. Gonzalito insta al hombre a partir. Finalmente, le habla unas palabras al oído. Este, perplejo, lo escucha y mira a Lautaro con curiosidad. Sale despaciosamente, confundido por la inesperada revelación. Antes de desaparecer, se vuelve deseoso de expresar le su comprensión).

351. HOMBRE.—*(Amable)*. Si alguna vez necesita de mí. . . , cabo Wellington, mi nombre es . . .

352. LAUTARO.—*(Le grita)*. ¡Guarda tu nombre para la ciudad, cristiano! Aquí, ¡sólo el indio!

(Lautaro queda erguido con la culata del fusil firmemente apoyada en la tierra. Está solo. El viento lejano se hace sentir con fuerza. Ha comenzado a llover).

Fin de la primera parte

SEGUNDA PARTE

Noviembre. Ultimas horas de la tarde. El cielo está luminoso y azul. Las grandes nubes tienen un levisimo tono de crepúsculo. El viento se siente apenas. Escena en el primer exterior. La torre, Alessandri, Akiuma, Ladrillero y Tchkwal marchan en fila tratando de llevar el paso que les marca Gonzalito. Llevan palos en vez de fusiles. El resultado de sus esfuerzos es desastroso. Gonzalito, instructor desgano, da tirones a un pedazo de charqui con el que trata de marcar el compás que los indios no consiguen seguir.

353. GONZALITO.—(*Al desgaire, mirando hacia otro lado*). Un, dos . . . , un, dos . . . , un, dos . . . (*Los mira*). Ya, pues, reclutas, ¡ándenle bien! Más optimismo. (*Menea la cabeza*). Los viera mi comandante Errázuriz . . . Un, dos . . . , un, dos . . . , un, dos . . . ¿Para qué los harán marchar, digo yo? Llevan meses en esta lesera y nada; como el primer día. Un, dos . . . , un, dos . . . , un, dos . . . (*Pasan por su lado*) Chascón 1º, Chascón 2º, Chascón 3º, Chascón 4º. . . (*Se interrumpe cuando le habla Lautaro*).

(Entra Lautaro. Viene del chalet, observa un momento a la "Tropa". Se acerca a Gonzalito. Este esconde el charqui).

354. GONZALITO.—Reclutas sin novedad, mi cabo.

355. LAUTARO.—Quieren hablar con Ud., del Faro Evangelistas.

356. GONZALITO.—(*Alegre*). Ese es mi compadre Pirula. Permiso, mi cabo. (*Sale a paso vivo*).

357. LAUTARO.—(*Frente a los indios da voces de mando*). ¡Alt...!
(*Los indios siguen su marcha. Akiuma los detiene*).

¿Por qué no está Kethoyo? (*Nadie contesta*). Ese siempre dándome la contra. ¡Alinearse como les he enseñado! (*Los indios tratan de hacerlo torpemente. Lautaro va hacia ellos y los corrige. Nuevamente se coloca al frente*). A discreción... Atención... ¡Firme! Vista a la deré... Vista a la izq... quier...

(*El resultado es lamentable. Lautaro repite sus órdenes varias veces sin lograr gran cosa*).

358. LAUTARO.—A discreción... Atención... ¡Firme! De frente, ¡march! No se salgan de la fila... Vista al frente... Derechos los fusiles. (*Rápido*). Un, dos..., un, dos..., un, dos...; Alessandri..., Tchkwal..., Latorre..., más vivos...; un, dos..., un, dos... Trote rápido..., un, dos, un, dos..., un, dos..., un, dos, un, dos...

(*Después de un momento el resultado es un informe montón de indios. Ladrillero ha caído y los demás tropiezan y se amontonan sobre él. Están desconcertados*).

359. LAUTARO.—(*Reprende al caído*). ¿Qué tienes en las piernas? ¿Agua? ¡Levántate!

360. LADRILLERO.—(*Obedece sobándose la pantorrilla*). Doler...

361. LAUTARO.—Nadie te pregunta.

362. LADRILLERO.—Tú preguntar.

363. LAUTARO.—¡Silencio! Y cuando hable con un superior, ¡cuádrese! Atención... ¡Firme! ¡Salude a su superior!

(*Ladrillero después de mucho manotear logra hacer un remedo de saludo. Los demás indios miran con poquísimo interés. Lautaro le corrige el saludo*).

364. LAUTARO.—A ver. Todos. Alinearse... ¡Vista al frente! Hagan el saludo. Akiuma, corrígelos.

(*Mahuana viene de la playa con el niño a la espalda. Lautaro concentra su atención en ella. Mahuana se acerca a él y le entrega a Pelo de Paja, niño de tres meses. Lautaro lo recibe y le toca la frente.*)

365. LAUTARO.—¿Otra vez con fiebre? ¿Qué le has dado de comer?

(*Mahuana niega con la cabeza.*)

366. LAUTARO.—Di la verdad. ¿Cholga?

367. MAHUANA.—(*Después de vacilar, se decide.*) Cholga.

368. LAUTARO.—(*Tratando de no perder la paciencia.*) Si aún no puedes comprender, Mahuana, al menos obedéceme. Te dije cien veces: cholgas, no, cholgas, no.

369. MAHUANA.—(*Señala al niño.*) Tener hambre.

370. LAUTARO.—(*Le corrige.*) “Tiene” hambre.

371. MAHUANA.—Tiener hambre.

372. LAUTARO.—Cabeza dura. “Tie-ne”.

373. MAHUANA.—(*Exagera.*) Tie-nerr hambre. (*Risita.*)

374. LAUTARO.—(*La mira un momento, dudando, entre enojarse o reír.*) Bien, ahora eres tú quien no va a “tiener” chico. Me lo llevo a la enfermería. (*Se encamina hacia el chalet. Mahuana trata de quitárselo muy asustada.*) No, no te lo daré. Y no intentes robarlo de nuevo. (*Le vuelve a tocar la frente.*) Las cholgas para ti, no para él. Si él pudiera hablar lo que pediría es leche.

375. MAHUANA.—(*Golosa.*) ¿Piquinini? ¿Tú dar?

376. LAUTARO.—(*Con un suspiro de impotencia.*) Sí, yo dar. Te daré leche a ti también. Vamos.

(*Mahuana lo sigue corriendo a su lado para seguir sus largos pasos. Salen.*)

Akiuma sigue enseñando, a su manera, el saludo. Entra la India Vieja. Cuando se va Lautaro, se acerca al indio más próximo y le habla en voz baja. Este transmite al compañero y en un momento los indios desaparecen en dirección a la playa. Akiuma queda desesperado llamándolos.

377. AKIUMA.—¡Faé-keyan! . . . ¡Faé-keyan! (*Mira hacia el chalet y se cuadra saludando. Entra Lautaro. Se detiene al ver a Akiuma solo.*)

378. LAUTARO.—¿Y los demás? ¿Dónde han ido, sin mi permiso?

379. AKIUMA.—India Vieja venir. Decir Kethoyo ir. Todos querer ir Kethoyo.

380. LAUTARO.—(*Sin atreverse a comprender*). ¿A dónde? ¿A cazar?

381. AKIUMA.—(*Tratando de disculpar a los indios*). Arka-alóé . . .

(Lautaro queda un momento desconcertado por la noticia. Luego, mira hacia la playa y grita).

382. LAUTARO.—Dejen esas canoas. Nadie se mueve de la playa. (*Con una voz sin enojo, pero autoritaria*). Kethoyo, ven acá (*Vuelve a repetir la orden*). Faé-Keyan, Kethoyo. (*Más enérgico*). ¡Faé-keyan, Kethoyo! (*Indica con el índice el lugar donde está él. Al comprobar que le obedece estira su guerrera y adopta una actitud de autoridad. Entra el indio con su aire pausado apoyándose en su bastón. Su expresión es la de siempre, triste, pero rebelde*).

Se detiene a cierta distancia de Lautaro. Ambos se miran un instante a los ojos, sin resentimiento, como hombres que se estiman, a pesar de sus diferencias.

383. LAUTARO.—¿Dónde ibas?

(*Kethoyo guarda silencio*).

384. LAUTARO.—Debes contestar a tu superior cuando te habla.
¿A dónde te ibas?
385. KETHOYO.—Yney-no rumé. (*Traducción: nada*).
386. LAUTARO.—“Nada” no es una palabra para contestarme.
387. KETHOYO.—(*Terco*). Yney-no rumé.
388. LAUTARO.—(*Con mucha paciencia*). Habla en cristiano, Kethoyo. Lo has aprendido muy bien. (*Pausa*). He dado orden que nadie se aleje de la isla sin mi autorización. Yo mando aquí, Kethoyo, y tú obedeces. Ahora, contéstame: ¿Por qué te ibas y a dónde?
389. KETHOYO.—(*Después de un momento se decide a hablar. Lo hace con voz suave, pero firme*). Kethoyo buen cazador, fuerte en árbol. (*Hace un ademán enérgico de dar un hachazo*). Tener buena canoa. (*Con orgullo*). Nuova.
390. LAUTARO.—Sí, es cierto. Tu nueva canoa es ligera como la foca y fuerte como la ballena. La has trabajado muy bien, Kethoyo. Un día de estos iremos juntos a cazar.
391. KETHOYO.—Yo cazar, y capetén crestiano no venir aquí. Yo ir buscar capetén.
392. LAUTARO.—¿Para qué? No lo necesitas. Guarda tus pieles. Yo te doy comida.
393. KETHOYO.—(*Con dignidad simple*). Yo, cazar mi comida . . . , no queriendo tuyo . . . (*Se esfuerza por encontrar las palabras que traduzcan sus sentimientos*). Yo quieto aquí . . . Yo no querer quieto aquí . . . (*Sigue el vuelo con el índice. Luego se vuelve hacia el mar y dice profundamente, señalándolo*). ¡Arka-aloé!
394. LAUTARO.—(*Siente con intensidad la idea del indio*). Te entiendo, Kethoyo, te entiendo. (*Se acerca a él y juntos miran hacia el mar*). Más allá . . . , siempre más allá . . . De isla en isla . . . (*Se exalta*), cazando . . . , viviendo . . . (*Se calma*), pero también muriendo. Y yo

no quiero que mueras. No quiero que nadie más se muera.

395. KETHOYO.—(*Después de un momento*). Tener buena canoa.

396. LAUTARO.—Piensa un momento. (*Le toca suavemente la frente*) Piensa. ¿Qué es una canoa? ¡sola!, con el fuego apagado, porque nieva, llueve: aguas malas mojan la canoa y viento da vuelta. (*Hace un gesto violento de volcar*). Tú y tus perros y Yanoeks. La linda Margarita de los Canales, ¿puedes cuidarla tú? ¿Podrás salvarla cuando Ayayema salga en las noches de los pantanos?

397. KETHOYO.—(*Con un movimiento ante un peligro invisible*). No hablar... Tú no hablar Ayayemá. (*Pronuncia el temido nombre casi en susurro*).

(*Los indios que marchaban en el primer cuadro han aparecido y al oír el nombre de Ayayemá se agrupan temerosos*).

398. LAUTARO.—Sí, la nombro, porque no puede venir. Es la única isla donde no puede ahogar, ni matar, ni perder en los bosques al indio. Aquí el viento no es Ayayema... ni las brazas que saltan en tu choza. ¿Y sabes por qué saben todos por qué? Yo, Lautaro Edén la hundí en los pantanos para siempre.

399. KETHOYO.—(*Y los indios*). No hablar... no hablar...

400. LAUTARO.—La eché, como eché a los loberos. ¡Porque yo mando aquí! (*Se calma con esfuerzo*). Todo en Puerto Edén es bueno para ti, Kethoyo, si te fueras para siempre pronto habría lágrimas en tu cara (*le toca los ojos, resbalando los dedos por las mejillas*), ¿comprendes?

401. KETHOYO.—(*Apaciguado su miedo*). Tú Petayem... amigo. Tú saber yo ir... Yo querer lindo... ves-ti-do... Yanoeks, Capetén crestiano tener.

402. LAUTARO.—(*Casi tierno*). Ah, Kethoyo, indio tonto ¡Quieres un lindo vestido para Margarita! Y por eso vas a perder tus pieles, tu vida, quizás. Yo y Gonzalito haremos un lindo traje para tu Yanoeks. Yo te lo daré (*lo dice con énfasis*).
403. KETHOYO.—(*Impacientándose*). Yo no pedir. Yo cazar, cambiando... tener. (*Señala su fuerza muscular*) ¡Nehué!
404. LAUTARO.—De qué te vale ser fuerte si no eres libre. Y no eres libre... (*busca cómo expresarse*) porque... porque no sabes. Y no sabes hasta que entre aquí (*le coloca el dedo en la frente*) cuánta azúcar vale una foca, y cuánta harina y cuánto arroz la piel de lobo.
405. KETHOYO.—Yo saber cuánto galeta, cuánto tappónac...
406. LAUTARO.—¿Estás loco? ¡Tappónac! ¿Te han dado alguna vez un cartucho para tu rifle? Sin pólvora puede ser. No, Kethoyo, no sabes nada aún. Pero aprenderás. Y juntos, tú y yo, ¡todos!, saldremos a cazar. Y cuando haya una gran cantidad iremos en la chalupa hasta Chiloé y allá cambiaremos las pieles, pero no, por arroz o harina. Las cambiaremos por un cutter. Tendremos nuestro barco, como los blancos. Y tendremos un gran depósito, de pieles, como los blancos. Y vendrán ellos a buscarnos. Y a ofrecer lo justo. Cuando lo aprendas todo, te respetarán y hablarán de ti como de un hombre que sabe hacer buenos trueques. Dirán: Es Kethoyo, no se le puede engañar. (*Señala una gaviota que pasa graznando y Kethoyo mira con desesperación*) Kaw-kaw sabe. Es libre, porque otra gaviota le enseñó. Come y vuela y ahora nadie la engaña. Kaw-kaw aprende y obedece.
407. KETHOYO.—(*Viéndola alejarse*). ¡Arka-aloé!
408. LAUTARO.—No, no se irá muy lejos. Siempre vuelve. Como tú. Salir y cazar. Volver a Puerto Edén. Cazar allá. Vivir aquí. Créeme, Kethoyo. Es lo mejor para

ti. (*A los indios*) Vayan a preparar la chalupa y me esperan en la playa. (*Llama hacia la playa*) ¡Tisón. . . Tchelokwet. . . Yuras. . . Messier. . . Tehefayoc! Todos con su hacha formados en la playa. Iremos a cortar leña a la isla chica. (*Mira el cielo*) Hoy no lloverá y tendremos luz hasta tarde. (*Al ver que Kethoyo no se mueve*). Tú también, Kethoyo. Y cuando volvamos te daré café con bastante azúcar.

409. KETHOYO.—(*Enojado*) Tú siempre dar. Yo no querer. Yo cazando foca y comer; y buscar ballena muerta y comer. (*Lo mira desafiante*).

410. LAUTARO.—(*Siente de pronto el asco que este aspecto de la vida salvaje le provoca y se encoleriza*). No lo volverás a hacer mientras yo viva. Nadie volverá a encaramarse en el lomo de una ballena muerta para comerla a mordiscos. No, mientras yo viva. (*Lo mira, desconfiando ahora, de la validez de sus anteriores argumentos*). No me fío de ti. Espérame aquí. Ni un paso sin mi permiso.

(*Lautaro sale en dirección a la playa. Kethoyo queda un momento pensativo mirando el suelo. Luego, se vuelve hacia la playa, sospechando. Queda como un niño inerte cuando aparece Lautaro con las pieles*).

411. LAUTARO.—Ya no puedes irte. De hoy en adelante las pieles las guardo yo.

(*Kethoyo mira sus pieles y estira sus manos hacia ellas, cierra los puños y mira a Lautaro, como a su enemigo. Luego, sale derrotado, pero con su aire digno, de siempre. Lautaro quisiera hablarle, decirle una palabra amistosa, porque lo quiere entrañablemente, pero la palabra no aflora. Lautaro se dirige al chalet. Mahuana sale de él, al verlo, esconde un paquete que lleva en las manos y trata de escapar*).

412. LAUTARO.—¡Mahuana! (*La india se detiene*). ¿Qué escondes ahí? (*Está cerca de ella. Deja las pieles en el suelo*) (*Mahuana permanece con las manos atrás. Se encoge cuando Lautaro se acerca*). Muéstrame lo que tienes en las manos. (*Mahuana niega con la cabeza, Lautaro le toma las manos que ella oculta. Abre un paquete que le saca*). Azúcar. ¿Qué te dije la última vez que te pillé?
413. MAHUANA.—(*Repite, sin comprender el sentido, mecánicamente*). Mahuana no robar.
414. LAUTARO.—Mahuana pedir.
415. MAHUANA.—Mahuana pedir.
416. LAUTARO.—Y Mahuana no comer tanta azúcar, caramba.
417. MAHUANA.—Mahuana no pedir... “zúca” “¡Zúca!” (*Con esperanza*) ¿Tú darme zúca?
- 418*. LAUTARO.—(*Desarmado ante la simplicidad de la india, rie despacio y finalmente con abierta alegría*). (*Mahuana sonríe feliz*).
419. MAHUANA.—(*Confiada, sonríe*) ¿Tú dar?
420. LAUTARO.—(*La abraza emocionado*). Eres como un niño, apenas más grande que Pelo de Paja... Quisiera que no te apartaras ni un minuto de mí... No te irás nunca, nunca. Repite conmigo: Nunca, no me iré nunca.
421. MAHUANA.—Nunca... no ir nunca.
422. LAUTARO.—Siempre con Lautaro.
423. MAHUANA.—Lautaro.
424. LAUTARO.—Nunca (*Es un esfuerzo decirlo*), nunca con loberos. (*Mahuana guarda silencio*).
425. LAUTARO.—(*La toma de los hombros con rudeza*). ¡Dílo!
426. MAHUANA.—Loberos.
427. LAUTARO.—¡No, loberos!
428. MAHUANA.—No, loberos.

*Ver nota en el Apéndice.

429. LAUTARO.—Júralo. Así. (*Hace la señal de la cruz en sus labios*).

(*Mahuana trata de imitarlo, pero inútilmente. Lautaro, calmado su repentino furor, hace la cruz en la boca de ella*).

430. LAUTARO.—Debes besar la cruz, como yo. (*Le demuestra cómo debe hacerlo. Luego vuelve a hacer la cruz en la boca de Mahuana*).

(*Mahuana, sin dejar de mirar a Lautaro, imita lo mejor que puede el beso en la cruz*).

431. LAUTARO.—Ahora has jurado. No te irás nunca, ¡jamás!, con nadie que no sea yo. Yo, Lautaro.

432. MAHUANA.—(*Sonríe, comprendiendo*). Tú, Lautaro... Mahuana... Lautaro... (*Indica con su mano a ambos. Y de pronto comprende sus ventajas*) Tú dar Mahuana zúca... canoa...

433. LAUTARO.—(*La interrumpe, haciéndose el enojado*). ¿No te da vergüenza? No eres mi mujer para pedirme en ese tono. (*Ella sonríe*) (*La mira tiernamente*). ¿Cómo sabes, tú, que puedes pedirme lo que quieras? (*La abraza*) Sí, serás mi mujer y tendrás azúcar y canoa... (*La besa apasionado*).

(*Mahuana, por su raza inexpresiva que no conoce las caricias, permanece indiferente*).

434. LAUTARO.—¡Tienes que aprender tantas cosas! Te enseñaré a leer y a escribir. Sabrás todo lo que sabe un blanco. Pero antes, Mahuana, aprenderás a besar (*la besa*). (*Entra Akiuma*).

435. AKIUMA.—(*Indiferente ante lo que ve*). Lista la canoa, capetén. (*Queda esperando*).

436. LAUTARO.—(*Se aparta de Mahuana, sin alejarse*). Quiero

encontrarte en la cocina cuando vuelva. (*A Akiuma*)
Tráeme la carabina y dile al cabo González que se presente.

(*Akiuma obedece*).

437. LAUTARO.—Le ayudarás a Gonzalito. Hay mucha ropa que lavar.

438. MAHUANA.—Yo ir Lautaro.

439. LAUTARO.—(*Con autoridad*). Tú quedarte aquí. Espérame. Y no saques de la cama a Pelo de Paja. Está enfermo. (*La mira un instante y le toca levemente la cara*). Sonríe. (*Ella obedece*). ¡Amún!

(*Mahuana obedece. Lautaro la mira irse. Recoge las pieles. Entra Gonzalito a trote vivo*).

440. GONZALITO.—Mi compadre Pirula le envía sus más cálidos y radiotransmisibles saludos, mi cabo.

441. LAUTARO.—Gracias. (*Se da calor con el aliento en las manos*). Tome estas pieles. (*Le entrega una llave*) Guárdelas y me trae la llave.

442. GONZALITO.—A su orden. (*Toma las pieles y sale hacia el chalet*).

(*Kethoyo se ha asomado desde la playa, observando la escena. Entra Akiuma con la carabina. Kethoyo se aleja lentamente*).

443. LAUTARO.—(*Toma la carabina, cerciorándose que está cargada*). Que suban todos a la chalupa. Yo iré en la canoa con Kethoyo. (*Sale Akiuma*).

(*Entra Gonzalito con un capote de lluvia en el brazo*).

444. GONZALITO.—(*Le entrega la llave*). Misión cumplida, mi cabo. Su capote. (*Lautaro se lo pone*) ¡Viera que se juntó ropa para lavar!

445. LAUTARO.—Mahuana le ayudará.
446. GONZALITO.—Ahí sí que le creo, mi cabo. Faltaba una mujer en la casa.
447. LAUTARO.—(*Dejando las cosas en claro*). Mi mujer, cabo González.
448. GONZALITO.—Como usted mande, mi cabo.
449. LAUTARO.—Queda al mando de la isla, hasta que yo vuelva, cabo González. No volveremos hasta que oscurezca. Hay que aprovechar esta bonanza. Las mujeres que no salgan de sus chozas. Ni a mariscar.
450. GONZALITO.—Vaya tranquilo, no más, mi cabo. González Zuzeta siempre cumple.

(Lautaro se coloca la carabina al hombro y sale. Durante esta escena se han oído voces de los indios echando la chalupa al mar, algunos ladridos de perros, graznidos de gaviota. Remos en el agua. Hasta un momento después de salir Lautaro. Gonzalito los mira alejarse. Busca un cigarrillo en su bolsillo y lo enciende. Fuma, mirando el mar. Las voces y ruidos se han alejado. Por la derecha, entre los matorrales, aparece el lobero Martínez. Mira hacia el mar y hace una seña hacia adentro. Sale el chilote Valenzuela con una bolsa al hombro, Sigilosamente se acercan a Gonzalito. Se colocan a espaldas, uno a cada lado).

451. LOBERO MARTÍNEZ.—(*Le tapa la boca a Gonzalito*). ¡Salud, amigo González! (*Habla en voz baja*).
452. GONZÁLEZ.—(*Abre los ojos como plato y se vuelve rápidamente*). ¿De dónde. . . por dónde? (*Corre hacia la playa a cerciorarse que Lautaro se ha alejado. Vuelve, aún no repuesto de la sorpresa*).
453. LOBERO MARTÍNEZ.—¡La sorpresita que le dimos! Deja esa bolsa ahí, Chilote y ábrela. Llegó la hora de abrir la cantina. ¡Puchas que se demoró en irse el cabo

alacalufe! (*Se frota las manos y se golpea el cuerpo con ellas, mientras patea el suelo*).

454. GONZALITO.—(*Encontrando el habla*). ¿Cómo llegaron sin que los viéramos? ¿Anoche?
455. LOBERO.—Así fue. Para qué me voy a arriesgar con el cabo, si no nos simpatizamos. Con el sargento era distinto. Nunca me preocupé de andar escondiéndome. Cada cual a su negocio y se acabó. Por eso me gusta usted, también.
456. GONZALITO.—(*Intranquilo*). Será mejor que se vayan. Está prohibido, ustedes saben.
457. LOBERO.—¡Indio desconfiado! Cree que lo único que hacemos es robar. Como si no fuéramos capaces de cazar las mejores pieles de aquí hasta el Cabo de Hornos. ¡Llené hasta el tope mi cutter en las loberías de Diego Ramírez! . . . Voy a ensuciarme las manos con esos cueritos de los indios. (*Gonzalito mira intranquilo hacia la playa*). ¿Sabe a qué venimos? Queríamos desearle Feliz Pascua.
458. GONZALITO.—Falta tanto todavía. ¡Para qué vinieron a recordarme!
459. LOBERO.—(*Meloso*). ¿Y Ud. cree, mi amigo, que hemos venido a recordarle tristuras?, ¡a entristecerlo! ¿Es eso lo que está creyendo? ¡Chilote, saca una botella de la bolsa!

(*El Chilote obedece. Gonzalito protesta muy débilmente*).

460. GONZALITO.—Ni lo piensen. Estoy de guardia. Además está prohibido. . . (*Mira intranquilo hacia la playa*). Pueden volver. . . (*Se aleja*). Me mata, me mata. Sencillamente me mata si me pilla que estuve tomando. Va a saber que ustedes vinieron. No, no, no. No puedo, palabra.

461. LOBERO.—(*Ha descorchado la botella con los dientes*). Después se hace una gárgara con bicarbonato, mi cabo. ¿No es chileno, acaso?
462. GONZALITO.—(*Cada vez más débil*). Chileno soy, pero ahora tengo deberes que cumplir. No puedo.
463. LOBERO.—No es de hombre rechazar un trago a un amigo. Arriesgamos el pellejo por Ud. Yo sabía que iba a estar triste para Pascua. Bueno, también está solo entre estos puros indios incivilizados, sin un alma caritativa a su lado.
464. GONZALITO.—(*Mira la botella, ansioso*). ¡Para qué me hace acordar cosas!
465. LOBERO.—Es que uno también anda medio triste. ¿No es así, Chilote?
466. CHILOTE.—Así es, capitán.
467. LOBERO.—(*Le pasa la botella al Chilote*). Tómame un trago.

(*Chilote bebe. Gonzalito se pasa la lengua por los labios resecos. Pausa*).

468. LOBERO.—(*Vuelve a tomar la botella y la mira largamente*). Aquí, aquí adentro está el amigo de todos. Es como un brujo. Un traguito basta para ponerse contento y olvidar la porquería de vida que uno arrastra. ¡Salud, brujo! (*bebe*).
469. GONZALITO.—Si quieren... podemos pasar a la cocina. Puede llover y... bueno, para qué nos vamos a estar helando aquí afuera.
470. LOBERO.—No, aquí no más. Es más fácil vicharlos. ¿No se oyen los hachazos cuando hacen leña? Porque a eso fueron, ¿no?
471. GONZALITO.—(*Esperanzado*). Claro, pues. Desde aquí los oiremos.

472. LOBERO.—¿Entonces, se toma un traguito?
473. GONZALITO.—(*Incapaz de resistir más*). ¿Qué tanto será? Y si me castiga, me castiga. No faltaba más. (*Recibe la botella y bebe un largo trago, ansiosamente*).
474. LOBERO.—Así me gusta. Tome con confianza. Tenemos varias.
475. GONZALITO.—(*Disculpándose*). Tenía mucha sed y hoy me harté de cholgas. Con razón los indios se lo pasan tomando y tomando agua el día entero.
476. LOBERO.—Sí, eso da mucha sed. Echese unos buenos tragos, qué diablos. Usted se lo merece. (*Pausa*). ¿Se fueron todos los indios?
477. GONZALITO.—Se los llevó a toditos. Hay que hacer mucha leña. ¿Se acuerdan del Kethoyo, el “pata loca”?
478. LOBERO.—Es el mejor cazador que he conocido.
479. GONZALITO.—Parece que quiere irse.
480. LOBERO.—Eso está muy bien.
481. GONZALITO.—Pero el Cabo no lo deja.
482. CHILOTE.—Eso está muy mal.
483. LOBERO.—Tú no hables hasta que no te pregunten.
484. CHILOTE.—¿No tengo lengua, acaso?
485. LOBERO.—Usala para sacarte el charqui de los dientes. (*A Gonzalito*). Estos chilotes son más entrometidos... ¿Y... se queda el Kethoyo?
486. GONZALITO.—¡Quién sabe! Nunca se sabe lo que piensa un indio hasta que ya lo hizo. Son tan reservados para sus cosas. (*Piensa un momento*). Pero no sé por qué me gusta ese indio. Tiene algo.
487. LOBERO.—Habrás cazado mucho el invierno pasado. (*Lo incita*) Tome, mi alférez, tome. Hasta el año que viene, quizás no se encuentre en otra.
488. GONZALITO.—(*Hace algunos remilgos, pero sigue tomando*). Me voy a emborrachar, ¡qué diablos! La Pascua es una vez al año. ¡Por la Pascua! (*Bebe largamente y se la pasa al lobero*).

489. LOBERO.—Por la Pascua. (*Bebe apenas*). ¿Así que cazaron mucho? ¿Akiuma fue a la leña, también?
490. GONZALITO.—También.
491. CHILOTE.—¿Las indias se quedaron?
492. LOBERO.—(*Lo fulmina con la mirada*). ¿Cuántas veces te he dicho que no te metas con las indias? Hay que saber dónde se hacen las cosas. Y cómo. Si una india viene al cutter, de acuerdo, pero nada más. ¡Pase otra botella!

(*El chilote entrega otra botella al lobero. Este la descorcha en igual forma que la anterior*).

493. GONZALITO.—Sí, pues, Chilote. Aquí en Puerto Edén nada con las indias. (*Bebe el último trago*). ¡Bah, no me diga que la terminé!
494. LOBERO.—No se preocupe, capitán. Aquí hay otra.
495. GONZALITO.—(*Halagado por tanta atención*). No, es mucho (*toma la botella*).
496. GONZALITO.—El sargento echaba sapos y culebras cuando se fue. Por ninguna parte encontró a la Margarita, la señorita Yanoeks.
497. LOBERO.—La Margarita. . . ¿y cómo está esa chiquilla? No le puedo decir india, es hasta bonita.
498. GONZALITO.—Mejorando a ojos vista. Pero está chica, todavía. Creo que no tiene once años. El Kethoyo la tiene. Para que sea su mujer apenas la tenga madurita.
499. —LOBERO.—¡Mire el cojo diablo! ¿Te acuerdas, Chilote, de la Margarita?
500. CHILOTE.—¡Y no, pues! Debe estar casi en sazón. Podíamos ir a verla.
501. LOBERO.—Tú, cállate el hocico. (*A Gonzalito, que duda de seguir bebiendo*). Tome sin miedo. Es toda suya. Y en la bolsa hay más. Saque más, Chilote.

502. GONZALITO.—Chilote Valenzuela, ya oyó la orden. . . No, no. . . está bueno, está bueno. Si estoy viendo hasta nublado. (*Dichoso*). ¡Cuánto tiempo hacía que no veía nublado! Ustedes saben. . . aquí ley seca. (*Mira la botella*) Bueno, ¡para qué voy a ser hipócrita! . . . ¡Hasta verte Cristo mío! (*bebe largamente*).
503. LOBERO.—Tardan mucho en oírse los hachazos. (*Mira inquieto hacia el mar*).
504. GONZALITO.—Usted sabe cómo es mi cabo. Todos los troncos le parecerán poca cosa. No tienen para cuándo volver. Y como oscurece tarde. . . ¡Recontra que tengo sed!
505. LOBERO.—Para aplacarla está su amigo. ¡Qué lástima que no estén los indios! Me hubiera gustado darles algo y de paso cambiarles algunas pielcitas. Podríamos hablar con sus mujeres, ¿no le parece?
506. GONZALITO.—(*Hace un ademán enérgico y se tambalea*). No, no pueden acercarse a las indias.
507. CHILOTE.—“Parês” que se está mareando (*rie socarrón*).
508. LOBERO.—(*Sostiene a Gonzalito*). Mi general, apóyese en mí.
509. GONZALITO.—(*Lo aparta*). Ni veinte botellas tumbarían al general González Zuzeta. . . (*Trata de ver la realidad*). No se acercará nadie a las chozas. Las indias están bajo la protección de la Base Meteora de Puerto Edén. (*Saluda militarmente*) ¡Estrictamente prohibido!
510. LOBERO.—No se preocupe, mariscal, yo las respeto. ¿Y tú, Chilote? (*le da un codazo*).
511. CHILOTE.—De la misma.
- 512.—Me gustaría entrar a las chozas. Estarán toditas desnudas a la orilla del fuego. . . ¡Qué ocasión para regarlas con vino tinto! (*Hace ademán de regar con la botella, pero está vacía. Mira hacia adentro con un ojo*).
513. LOBERO.—(*Le pone una nueva botella en la boca*). Otro traguito y ni uno más.

514. GONZALITO.—(*Aparta la botella y lo mira extrañado*).
 ¿Qué hacen ustedes aquí? ¡Estrictamente prohibido!
 Mi cabo Wellington tiene cinco balas para el lobero
 de miéchica que se aparezca por la isla Wellington de
 Puerto Edén. Para el lobero ladrón, abusador, corrup-
 tor y carajete (*bebe*).
515. LOBERO.—Ya me está sacando todos los choros del canas-
 to, este hocicón. Démosle el bajo, luego.
516. GONZALITO.—(*Se ha puesto triste. Se apoya en el hombro
 del lobero y gimotea*). ¡Lo que daría, yo, lo que daría
 yo por una rubia!
517. LOBERO.—Para eso no hay mejor que esto. (*Le obliga a
 tomar*). Toma, idiota, traga, traga. (*Gonzalito se resis-
 te*). Chilote, ayúdame.

(*El Chilote sujeta a Gonzalito, que resiste inútilmente,
 y entre ambos lo obligan a seguir bebiendo. Después de un
 momento lo sueltan. Aquél se tambalea, pero no cae. El Chilo-
 te y Lobero lo obligan a seguir bebiendo. Vuelven a soltarlo y
 Gonzalito cae redondo. Lobero lo empuja con el pie, luego
 le da un puntapié. Gonzalito no reacciona. Ambos se miran
 satisfechos*).

518. LOBERO.—Valía la pena malgastar tres botellas.
519. CHILOTE.—Llévemolo p'al galpón. Hemos perdido har-
 tazo tiempo.
520. LOBERO.—Tómalo por los sobacos. (*Lo toma de los pies*).

(*Desaparecen hacia el chalet. Entra India vieja y repa-
 ra en las botellas. Toma una, la huele y después de mirar hacia
 todas partes, toma un trago. Decepcionada por lo poco busca
 en las otras. | Entran Lobero y Chilote. India vieja asustada
 escapa. Lobero la ataja*).

521. LOBERO.—Gusto de verte, vieja (*y mira la botella que ella trata de esconder*). Para ti. Yo, cristiano bueno.
522. INDIA VIEJA.—(*Señala con temor el chalet*). No tomar.
523. LOBERO.—(*A Chilote*). Anda a la playa a vichar. (*Sale Chilote*) Gonzalito también tomar, ¡shsts! (*le da un codazo de complicidad*). Borracho (*Ríe. India vieja ríe también*). Toma. Una botella entera de wachacay. Para ti sola. (*Destapa una botella*).
524. INDIA VIEJA.—(*Mira hacia la playa con miedo, pero la tentación es demasiada grande y recibe la botella, aunque sin atreverse a tomar*). No tomar.
525. LOBERO.—Anda al monte. Allí tomar. Yo cristiano bueno. Y no querer cueris. (*Impaciente ante la indecisión de la india*) ¿Quieres que te la meta hasta el cogote? Toma de una buena vez tu wachacay.

(*India vieja toma ansiosamente*).

526. INDIA VIEJA.—(*Con un chasquido de satisfacción*). Cristiano bueno, capetén.
527. LOBERO.—Andate al monte y te la tomas toda. Si te da sueño, duérmela allá. Cabo Wellington castigar.
528. INDIA VIEJA.—Cristiano bueno... cristiano bueno... (*Desaparece por la derecha*).
529. LOBERO.—¡Ey, Chilote!, ¿alguna novedad?
530. CHILOTE.—(*Entra*) Ninguna. Pero andémosle ligero. Ya me estoy poniendo niervudo.
531. LOBERO.—Recoge la bolsa y vamos a buscar las pieles.

(*En el momento que se dirigen a la playa, entra Kethoyo. La sorpresa de ambas partes los inmoviliza un instante*).

532. LOBERO.—(*Disimula su rabia*). Mi amigo "Pata Loca". Te estábamos esperando... No me podía ir sin saludar

a mi buen amigo... (*Piensa un momento*) ¿Kethoyo?
(*Kethoyo asiente. Su ánimo es expectante y un tanto desconfiado*).

533. LOBERO.—(*Le pasa una botella*) Para ti. Para que te emborraches a la salud del capitán Martínez.

(*Kethoyo no acepta. Se pone alerta*).

534. LOBERO.—Vamos, indio, no te hagas de rogar. (*Repentinamente se inquieta*) ¿Y los otros y el cabo alacalufe?

(*Kethoyo hace un ademán enérgico indicando el mar*).

535. LOBERO.—¡Ah, el indio diablo se escapó! ¿Malo p'al trabajo, ah? Toma, toma tu wachacay y si tienes algunas pieles podemos cambiar. Tengo más trago para ti. Todo el que quieras. (*Impaciente ante la actitud negativa del indio*) Ya, pues, desgraciado. No estoy aquí para mirar tu linda cara. Sé que tienes pieles.

536. KETHOYO.—Tú dar arro... galeta... azúca... tappónac...
(*Indica con las manos gran cantidad*).

537. LOBERO.—¿Oíste, Valenzuela? (*Imita la torpeza del indio*) azúca... tappónac... grande (*Ríe*). La leccioncita que le están dando a la porquería ésta. (*rudo*) Ya, menos conversa y al grano. Si no quieres trago, peor para ti. (*Deja la botella en el suelo*) Vamos a tu choza. No estoy dispuesto a agarrarme a balazos con el cabo si me encuentra aquí. ¡Andando!
(*Kethoyo cierra el paso al lobero*).

538.—¿Qué le pasa a éste? Nunca lo había visto tan avaro con sus cueros. Tendrá un montón.

539. CHILOTE.—Lo que yo me creo es que está avaro de otra cosa.

540. LOBERO.—(*Recuerda a Margarita*). ¡Ah, con que era eso!

¿La Margarita, ah? (*Muy seguro de su victoria*) Bueno, indio, hagamos un trato. Tú me das tus pieles y las de todos los indios y yo ni te miro a la Margarita. Y como soy un buen comerciante, te pagaré por ellas.

(*Kethoyo afirma su mano en el garrote. Su actitud es tensa, como un animal ante el peligro*).

541. LOBERO.—¿Aceptas el trato?

(*Kethoyo da un paso amenazante hacia el Lobero. Este lleva la mano a la carabina. Chilote se repliega*).

542. LOBERO.—Con cuidado.

(*Kethoyo mira hacia el chalet extrañado de no ver a Gonzalito*).

543. LOBERO.—No esperes a Gonzalito. Está borracho como uva. No hay nadie más. Tú y yo. (*Pausa*). Te daré arroz y un poco de harina. (*Intranquilo mira hacia el mar*). Ya, pues, ya, pues. No se le vaya a ocurrir a ese otro alacalufe venir a buscarte.

544. KETHOYO.—Tú ir capetén, tú malo crestiano.

545. LOBERO.—¡Chi! ¿Crees que me voy a ir así, con las manos vacías? ¿Para qué crees que arriesgué el pellejo? (*Saca la pistola*). Chilote, ándate a las chozas y tráete las pieles pa'acá. (*A Kethoyo que intenta un movimiento*) ¡Quieto!

(*Chilote sale. Kethoyo lo mira receloso*).

546. LOBERO.—Eres un tonto, Pata Loca. Deberías aprender un poco más de negocios. ¿Sabes lo que tienes que hacer?, venirme conmigo. Eres buen cazador. Yo te daría muchas cosas, muchas. Y tú después se las das a la Margarita. ¡Quieto! ¿No te pueden nombrar a

tu india, ahora? Tan remilgado . . . ¿No te has topado nunca, por ahí, con un blanco haciéndole el amor a una mugrienta y en las mismas narices de su indio? ¡Escrupuloso, ahora! ¡Como si fueran gente!

(Entra el Chilote).

547. CHILOTE.—No hay nada, patrón. Ni un cuero por ningún lado. *(Mira al indio y dice temeroso)*. Dijo una india que éste las tiene todas.

548. LOBERO.—¿Estás seguro?

549. CHILOTE.—Vaya usted mismo a ver.

550. LOBERO.—*(Duda un instante)*. No. Hemos perdido mucho tiempo. *(A Kethoyo)*. ¿Me vas a decir o no dónde están las pieles? Sé que en dos meses no ha venido nadie aquí. Ni el Alemán. *(Emplea el último recurso)*. Toma esta bolsa. Para ti. Hay mucho trago y hasta un par de pantalones. *(Le pasa la botella que está en el suelo y se la pone en la mano)*. Ahora, entrégame las pieles.

551. KETHOYO.—*(Fieramente)*. ¡Tú ir . . . ir! Tú cristiano malo . . . Lautaro saber . . . Lautaro . . . Petayen . . . amigo. Kethoyo saber . . . Lautaro bueno con indiano. Tú, malo cristiano, malo . . . *(Arroja con furia la botella al suelo)*.

552. LOBERO.—*(Furioso)* ¡Indio hediondo, asqueroso, chueco de porquería!, ¿crees que te vas a reir de mí?

(Kethoyo lo mira con frialdad y se vuelve en dirección a la playa. Lobero empuja al Chilote. Este va hacia el indio y le hace una rápida zancadilla. Kethoyo cae. Lobero se abalanza sobre él y le pega repetidos golpes en la cara y cabeza con la culata de su carabina. Chilote lo patea. Kethoyo se defiende inútilmente. Cuando queda quieto, los hombres lo miran, furiosos y excitados).

553. LOBERO.—(*Jadeante*). ¡Maldito! (*Lo mueve con el pie*). Bien muerto estás, por perro. (*Mira en su derredor, sin saber qué hacer*). No me iré así, no más... no me iré así no más. Este se llevó el secreto de las pieles. (*Lo pateo*). Pero no me voy a ir así no más. (*Bebe un largo trago y le pasa la botella, que recogió del suelo, al Chilote*). Nos repartiremos a las indias. Mitad y mitad. Les dejaremos nuestro recuerdo... Y yo... empezaré por la Margarita de los Canales. (*Mira al indio y lo escupe*).

(*Se oyen hachazos sobre troncos en el bosque de la isla donde está Lautaro con los indios. Los hombres escuchan un momento*).

554. LOBERO.—¡Ahora! Empezaron a cortar leña. (*Respira profundamente*). ¡Vamos! Y si alguna chilla, ya sabes lo que hay que hacer.

(*Chilote recoge rápidamente todo y sale detrás de Lobero, sigilosamente, en dirección a la playa. Desaparecen. Kethoyo hace un esfuerzo para erguirse, pero cae. Intenta nuevamente y cae*).

La escena se obscurece.

(*Escena en la playa con la choza de Kethoyo. Se oyen gritos ahogados de mujeres. Penumbra. Kethoyo entra por la derecha arrastrándose. Se detiene y vuelve a comenzar. Queda inmóvil con la cabeza en tierra y el brazo en dirección a su choza. El Lobero sale de la choza, mirando con cautela. No ve a Kethoyo. El Chilote Valenzuela viene corriendo de la playa*).

555. CHILOTE.—Apurémosle. Ya pararon los hachazos.

556. LOBERO.—¡Imbécil! Y ahora vienes a decírmelo.

557. CHILOTE.—Usted también pudo parar la oreja.

558. LOBERO.—Vamos al monte. En la noche escaparemos.

(Salen corriendo hacia la derecha. Entra Akiuma, presintiendo. Al ver a Kethoyo corre hacia él. Kethoyo le toma la ropa).

559. KETHOYO.—Tú ir matar... cristianos malos... *(Señala la derecha)*. Yanoeks...

(Akiuma va a la choza. Sale retrocediendo con mirada espantada. En su mano, un fusil. Se vuelve rápidamente y se acerca a Kethoyo).

560. AKIUMA.—Yo matar como a cobarde zorro... *(Sale por la derecha)*.

(Kethoyo se vuelve a arrastrar, siempre en dirección a su choza. Se oyen dos disparos. Un grito ahogado. Otros disparos. Silencio. Mahuana entra por la derecha corriendo. Casi tropieza con Kethoyo. Se aparta aterrada. Corre hacia la playa. Grita).

561. MAHUANA.—*(Desde fuera)*. ¡Lautaro... Lautaro... faé-keyan... faé-keyan...!

(Entra Akiuma y deja la carabina al lado de Kethoyo).

562. AKIUMA.—Yo matar... Nunca... ninguno... venir. *(Lo empuja suavemente con el pie)*. No dormir, Kethoyo...

(Dentro de la choza se oye un suave canto funerario. de un semitono a un tono, repetido y monótono. Entra Lautaro de la playa. Se detiene al ver a Kethoyo en el suelo. Va a él y levanta el fusil. Mira interrogadoramente a Akiuma. Se inclina sobre Kethoyo).

563. LAUTARO.—Kethoyo... *(Se incorpora)*. Oí disparos...
 564. AKIUMA.—*(Señala el monte, a la derecha)*. Capetén venir... Yo matar... Yanoeks chthwemalgentuz... Kethoyo. Sangre.

(Lautaro va hacia la derecha. Van apareciendo indios, todos consternados).

565. INDIOS.—*(Hablan a la vez en voz baja)*. Capetén venir... mujeres chthwemalgentuz... crestianos malos venir... *(Miran a Kethoyo y se acercan en silencio)*.
 566. AKIUMA.—*(Les hace seña que se sienten)*. Ladrillero, tú y tú, Tchkwal traer hacha y poner *(señala en círculo)*.

(Los indios salen mirando a Kethoyo. Entra Lautaro con las pieles por la derecha. Se apoya en un árbol, vencido. Después de un momento mira a Kethoyo y lentamente se acerca a él. Deja las pieles a su lado).

567. LAUTARO.—*(Con voz sin inflexiones)*. Dos loberos muertos y el cabo González borracho... Y tú, Kethoyo... *(Se inclina hacia él y coloca la herida cabeza sobre su rodilla)*. ¡Cómo dejaron tu cabeza! No supe protegerte y se vengaron en ti... ¿De qué?... ¿Por qué?
 568. KETHOYO.—*(Con esfuerzo)*. Yo saber... Tú Petayem... indiano bueno. Tú Lautaro... crestiano bueno... tú capetén bueno... querer indiano... Kethoyo aprender...

(Ladrillero y Tchkwal entran con las hachas que colocan en derredor de Kethoyo, silenciosamente. Lautaro les hace seña que se detengan).

569. KETHOYO.—Kethoyo aprender... Lautaro saber... *(Hace un débil esfuerzo)*. Yanoeks...

570. LAUTARO.—No hables. Iremos a cazar... Y aprenderás más. Todo lo que sé, y aún más. Y te irás por un tiempo. Y cazarás.

571. KETHOYO.—Yanoeks...

(Lautaro mira a Akiuma).

572. AKIUMA.—... Dormir.

573. LAUTARO.—*(Aparta la vista de la mirada de Kethoyo).* Malditos...

574. KETHOYO.—*(En un último esfuerzo a los indios).* Indios no dejar... Capetén Lautaro... Petayem... *(Se oye el graznido de una gaviota).* ¡Arka-aloé! *(Muere).*

(Lautaro mantiene abrazada su cabeza un momento y luego de comprender que ha muerto lo deja suavemente en el suelo. Los indios inician su canto funerario. Lautaro se pone de pie. Cierra los puños convulsivamente sintiendo cómo la ira lo va invadiendo).

575. LAUTARO.—*(En voz baja que va subiendo de tono hasta estallar).* ¡Oh, Dios... El Dios blanco de los blancos! ¿Por qué no cuidas a los indios?... “En el cielo, en la tierra y en todo lugar”... eso me enseñaron. ¿Por qué no estabas aquí cuando vinieron? ¿No es, también esto, un lugar? *(pausa).* Me equivoqué en todo y no me lo dijiste. ¡Ni una señal! *(toma las pieles y las aprieta con ira).* Se hubieran llevado las pieles y tú estarías vivo. Reconozco mi culpa. Pero ellos están aquí y allá y en todas partes. ¿Donde haya un indio siempre habrá un blanco acechando? Lo mata o lo roba. O lo deja pasar sin importarle. *(pausa).* Tengo como un arpón clavado. ¿No sabré nunca qué hacer? ¿No lo sabrá nadie? ¿Tendrán que morir todos para saber? Tú, Kethoyo, querías ser como kaw-kaw que es libre y busca su comida. ¿Por eso te mataron? *(se*

han oído graznidos de gaviotas). ¡Maldito sea el blanco! (de un tirón se saca la guerrera y la arroja al suelo con violencia. Se yergue). No quiero nada de ti. . . nada del blanco. (se aprieta el pecho con los puños). ¡Indio! ¡Indio! (se dirige a Kethoyo). Te pondré en tu canoa nueva y te hundiré en el mar y tu canoa nueva se irá por el agua. Si nadie cuidó de ti, nadie podrá hallarte. Y yo sabré matar, uno por uno, a cada rata inmunda que se encuentre en los canales. Yo, Petayem Terwa Koyo. . . Yo los mataré. Por cada indio muerto, dos cristianos. . . Dos cristianos por cada indio muerto.

(Lautaro repara en Mahuana que lo mira con expresión asustada. Se abalanza sobre ella y la acerca aferrándola de un brazo).

576. LAUTARO.—Y tú, ¡contéstame!, ¿por qué no le arrancaste los ojos o le hincaste los dientes en el gahnate hasta reventarlos? ¿Corriste a ellos, o les mendigaste el amor? Te dejaste abrazar, sucia, (le da una bofetada). Te dejaste abrazar y te reías. . . te reías. . . (La golpea a cada palabra. Mahuana cae protegiéndose la cara). Te reías. . . Me iré con mis hermanos y me llevaré a tu hijo. Y tú te quedarás aquí, sola (hace bocina con las manos). ¡Ayayema. . . Ayayema. . .!

577. MAHUANA.—No llamar. . . No llamar.

578. AKIUMA.—Tú callar, Petayem. (Sale hacia la playa).

(El viento se torna amenazante. Lautaro se esfuerza por serenarse. Vuelve los ojos a Mahuana).

579. LAUTARO.—Ayayema no vendrá por ti, pero yo no quiero verte nunca más. Vete de aquí, vuélvete a Puerto Bueno ¡Amún! (Le indica con la mano que se vaya).

580. MAHUANA.—(Sacando la voz). Yo llevar piquinini. . . Piquinini, Mahuana. . . tú dar piquinini. . .

581. LAUTARO.—(*Friamente después de un momento*). Puedes llevártelo. No es hijo de indiano. Es hijo de loberos. ¡Amún!

582. MAHUANA.—Yo no cristianos... No saber... (*Indica hacia la derecha*). Yo piquinini... No cristianos (*Trata de hacerse entender*). Mahuana... Lautaro. No Mahuana cristianos... (*Con timidez lo señala*). Lautaro... (*Se señala a sí misma*). Mahuana... (*Con mucho miedo inicia una sonrisa, que es más bien una pequeña mueca*).

□ (*Lautaro comprende al fin que Mahuana se libró de los loberos y la alza del suelo atrayéndola a sí con fuerza, recuperando de un golpe su identidad, a tiempo que siente desvanecer su ira*).

583. LAUTARO.—Te creo... te creo... Tú, Mahuana, yo... (*Se yergue ante sí mismo*), sí. Yo Lautaro... Hubo una señal... El Dios blanco estuvo aquí. En el cielo, en la tierra y en este lugar, también. Pero por qué Kethoyo tenía que morir y Yanoeks... y todas las indias... maltratadas.

(*Entra Akiuma con una gran piel de foca y dos piedras. Las deposita al lado de Kethoyo. Va a su choza y trae su arco. Los indios han reanudado su canto, muy suavemente, siempre ininteligible*).

584. MAHUANA.—Piquinini... ¿Mahuana?

585. LAUTARO.—Pelo de Paja se quedará contigo.

586. MAHUANA.—¿Tú no quitar?

587. LAUTARO.—¡Cómo podría hacerlo! Es tu hijo.

588. MAHUANA.—Yo querer ir piquinini.

(*Lautaro la deja ir. Mahuana va hacia la derecha. Fondo*). Sale.

589. LAUTARO.—(*A Akiuma*). Akiuma, debo comunicar los acontecimientos a la comandancia de Punta Arenas. Luego vendré a lamentar a Kethoyo.

590. AKIUMA.—(*Alarmado*). ¿Tú decir yo matar?

591. LAUTARO.—(*Después de un momento*). Diré... que encontramos dos hombres muertos... lejos de aquí.

(Akiuma no sabe agradecer. Ve la guerrera de Lautaro en el suelo y la recoge. Le ofrece colocársela. Lautaro accede. Luego le entrega su guerrera y carabina. Lautaro se coloca la guerrera. Sale hacia la derecha. Akiuma mira a Lautaro hasta que desaparece. Retumba el trueno más cerca. Los indios se encogen asustados).

592. AKIUMA.—Tchkwal, kiustek, kiustek.

(Extienden la piel de foca en la tierra. Sobre ella colocan a Kethoyo. Sujetan las dos piedras fuertemente a su pecho y depositan sobre él, su arco. Lo envuelven con la piel, dejando la cara descubierta. Akiuma se arrodilla sentándose sobre sus talones y con voz pausada, a pesar del miedo que lo va invadiendo, dice al indio muerto):

593. AKIUMA.—“Ofsik tcawhs atkaal kuterek aloyerso tcaw yekwahar shweker”. (*Traducción: ahora vas a dejar que nos sentemos en paz en la choza*).

(Los indios repiten las palabras entonando la melodía ya conocida).

594. AKIUMA.—(*Al indio más próximo*). Kayoesa.

(Sale el indio hacia la izquierda. Y a poco trae un chonchón encendido. Uno por uno los indios salen y traen el fuego pedido por Akiuma. Lo colocan alrededor de Ketho-

yo. Cantan, apenas audible. El trueno cada vez más cercano, los llena de pavor).

(Los indios, entre las palabras del canto intercalan el temido nombre).

595. INDIOS.—Ayayema . . . Ayayema . . .

596. AKIUMA.—Ayayema no pasar fuego.

(Lautaro entra. Comprende el miedo de los indios y se acerca a apaciguarlos).

(El viento y el trueno invaden la escena. Los indios se ponen de pie, incapaces de dominar su miedo, Akiuma habla rápidamente).

598. AKIUMA.—(A los indios). Llevar Kethoyo canoa (dos indios se lo llevan rápidamente, Lautaro trata de intervenir). Lautaro, cristianos venir. Querer cueris, no encontrando Chthwemalgentux mujeres. Chthwemalgentux Yanoeks . . . Yanoeks morió. Kethoyo morió. Yo matar cristianos malos. Kethoyo ir. Ahora tú dar pieles.

599. LAUTARO.—(Alerta). Si les doy las pieles se irán, porque tienen miedo.

600. AKIUMA.—Ti quitar pieles y Kethoyo morir.

601. LAUTARO.—Es cierto lo que dices. Pero si se van morirán ustedes, también. Puerto Edén es único refugio para el indio.

602. AKIUMA.—Ayayema estar Puerto Edén. Indianos ir.

603. LAUTARO.—Unos hombres malos mataron. No Ayayema. La noche llega y pasará. Y al amanecer saldremos todos a nutriar. Nadie vendrá a llevarse a ningún indio. ¡Lo juro!

(Entra Mahuana corriendo y se acurruca cerca de Lautaro asustada. A sus espaldas trae a Pelo de Paja).

604. AKIUMA.—(*Protegiéndose de una violenta racha de viento*). Sofkiaz kastapoyoc (*Traducción: viento fuerte arranca los cabellos*).

605. LAUTARO.—(*Desesperado al ver que no logra conjurar el miedo de los indios*). No temas al viento fuerte, aunque te arranque el pelo. Ni al trueno. No los ha traído el muerto. Vienen, pasan.

606. AKIUMA.—(*A los indios*). Llevar fuego . . ., hacha, galeta, cueris de choza. Canoa todos ¡Amún!

(*Los indios obedecen, atropelladamente al partir, invadidos por la locura del miedo*).

607. LAUTARO.—Están locos, Akiuma. El viento tumbará las canoas. Y morirán todos. Se ahogarán en aguas malas.

(*De la choza salen dos mujeres y huyen hacia la playa*).

608. LAUTARO.—Ayúdame, Akiuma a detenerlos.

(*Mahuana se aparta de Lautaro, que se dirige a impedir la huida de los indios. Duda entre quedarse y huir con ellos. Akiuma se apodera de las pieles. Se las entrega a Ladrillero que entra en ese momento, y le indica que se vaya. Sale Ladrillero. Akiuma se interpone entre Lautaro y los que huyen. Lautaro toma su carabina, pero sin pretender hacer uso de ella*).

609. LAUTARO.—Aparta, Akiuma.

610. AKIUMA.—No, Lautaro, indianos ir.

(*Latorre y Tchkwal entran y desmantelan la choza, llevando los trapos y pieles que la cubren. Se ve entre las varillas de su arquitectura, brillar el fuego. Mahuana no duda más, y huye, Lautaro sujeta a Mahuana*).

611. LAUTARO.—Tú, no, Mahuana. Tú no puedes tener el miedo de los otros. Has comprendido que te quiero. Mi amor te protege, como a ellos, como a ti, Akiuma.
612. MAHUANA.—Yo ir. . ., yo ir. . . (*Forcejea con Lautaro*).
613. LAUTARO.—(*Le quita el hijo*). Ahora no te irás. No eres capaz de dejarlo. No te irás, Mahuana. Nadie se irá.
614. MAHUANA.—(*Trata de quitárselo*). Piquinini, piquinini.

(Akiuma, con rapidez, le quita el niño a Lautaro, que al asirlo queda con el trapo que lo cubría en la mano. Derriba a Lautaro de un golpe y lo mira por última vez, entristecido. Mahuana queda un momento inmóvil, y luego sigue a Akiuma, corriendo hacia la playa. El viento es un látigo violento. El trueno ha dejado de oírse. Hasta Lautaro llegan voces, ladridos y ruidos de remos sobre el mar. Se pone de pie y deja caer la carabina. Ve y oye cómo se alejan los indios. Camina hacia la playa, con aire de derrota).

615. LAUTARO.—A dónde van no puedo seguirlos. Mi puesto está aquí. No puedo estar en cada isla. Aquí estaré cuando regresen. (*Estruja en su mano el trapo que cubría al indiecito*), porque no podrán irse para siempre. Aún tiene el calor de su cuerpo. Aún está aquí, Pelo de Paja. . . Espera, Mahuana. . . (*Levanta la mano en una despedida*). ¡Atarkeroks! . . . — ¡Taksé! . . . ¡Tchkwal! . . . ¡Latorre! . . . ¡Ladrillero! Ateskowayanera! . . . ¡Akiuma! . . . Cerca del anochecer parten, pero será por la duración de una luna. ¡No me doy por vencido, recuérdalo, Kethoyo!

(En tanto Lautaro pronuncia las últimas palabras aparece por la derecha, primer plano, el Lobero. Viene desangrándose, es, con enorme esfuerzo que se mantiene de pie. Apunta con su carabina a Lautaro, que está de espaldas a él).

616. LOBERO.—(*Jadeando*). Ahora tú, alacalufe.

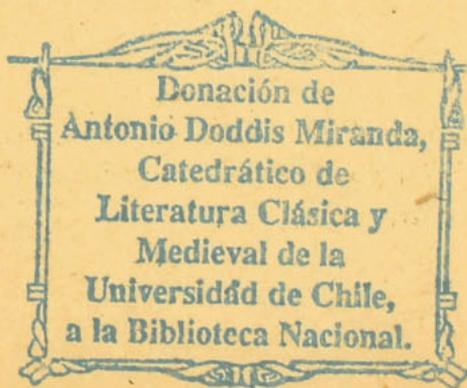
(*Lautaro se vuelve rápidamente y trata de dar un paso hacia su carabina*).

617. LOBERO.—Ni un solo paso. Aún no estoy muerto del todo. Valía la pena arrastrarme hasta aquí, perro (*ante un movimiento de Lautaro*). Quieto . . . me iré al infierno, pero no solo . . . (*Con esfuerzo hace puntería y en el último instante se desploma, muerto*).

(*Lautaro corre hacia su carabina y con cautela se acerca a Lobero. Lo mueve con el pie. Cerciorado que está muerto se yergue ante él, con aire desafiante*).

618. LAUTARO.—Donde haya un indio siempre habrá un blanco acechando. Pero mientras quede un indio, mientras respire un indio en los Canales, aquí me quedaré. Y cuidaré su choza y su canoa. (*Se vuelve hacia la playa y levanta ambos brazos*). ¡Aquí estoy! . . . ¡Aquí estaré esperando! . . . ¡Vuelvan . . . amigos . . . hermanos . . . ! ¡Vuelvan!

(*El viento sopla con violencia. Lautaro resiste sus embates. Brilla el fuego en la choza vacía y, lentamente cae la noche sobre Puerto Edén*).



NOTA

En la puesta en escena, los parlamentos comprendidos desde el 418 incluido, al 439 incluido, se sintetizaron en los tres siguientes:

418. LAUTARO.—(*Enojado aún no contesta la pregunta*). Anda a la Base y me esperas allí hasta que vuelva. (*Mahuana molesta por el tono brusco camina en dirección contraria. Lautaro la toma de un brazo*). ¡Ahora eres mi mujer y debes obedecerme!

(*Mahuana camina hacia la playa y su expresión se torna triste. Lautaro, arrepentido, va hacia ella y le entrega el paquete de azúcar*).

419. LAUTARO.—(*Con voz tierna*). Toma. Toda para ti. Le ayudarás a Gonzalito. Hay mucha ropa que lavar. ¡Sonríe, Mahuana!

(*Mahuana, tras un esfuerzo, obedece. Lautaro la abraza estrechamente. Luego, con suavidad, le indica la Base*).

420. LAUTARO.—¡Amún!

(*Mahuana se aleja en la dirección indicada. Lautaro la mira irse. Recoge las pieles. Entra Gonzalito a trote vivo*).

La obra se estrenó el 30 de mayo de 1964, en el Teatro de Concepción, por el Teatro de la Universidad de Concepción, con el siguiente reparto:

SARGENTO	ROBERTO NAVARRETE
ALEMÁN	PEDRO VILLAGRA
GONZALITO	ALBERTO RIVERA
KETHOYO	ALBERTO VILLEGAS
LADRILLERO	HUGO LEGUER
TCHKWAL	LEVI VÁSQUEZ
ALESSANDRI	NELSON HIDALGO
LATORRE	CARLOS CANALES
LAUTARO	NELSON VILLAGRA
AKIUMA	JULIO FISCHTEL
LOBERO MARTÍNEZ	JORGE GAJARDO
CHILOTE VALENZUELA	FERNANDO FARÍAS
MAHUANA	BRISOLIA HERRERA Y GLORIA VARELA
PASAJERO	GUSTAVO MEZA
PASAJERA	DELFINA GUZMÁN
INDIA VIEJA	MIREYA MORA
INDIO	RICARDO TRONCOSO
INDIAS	LUCY NEIRA, DELFINA GUZMÁN, BRISOLIA HERRERA Y GLORIA VARELA

ESCENOGRAFÍA	VESTUARIO	MÚSICA INCIDENTAL
RICARDO MORENO	VIRGINIA HERMAN	HÉCTOR CARVAJAL

DIRECCIÓN
RAUL RIVERA

OBRAS PUBLICADAS
POR LAS EDICIONES ALERCE

Poesía:

ALCALDE, ALFONSO: *Variaciones sobre el tema del amor y de la muerte.*

ARTECHE, MIGUEL: *Quince poemas.*

CANALES, RENATO: *Un árbol a la orilla del mundo.*

CÁRDENAS, ROLANDO: *En el invierno de la provincia.*

CARMONA, RAMÓN: *Signos de Chile.*

CRUCHAGA, ROSA: *Descendimiento.*

FERRARO, NICOLÁS: *Sed por dentro.*

FERRERO, MARIO: *Tatuaje marino.*

HAHN, OSCAR: *Esta rosa negra.*

HERRERA, EDMUNDO: *La casa del hombre.*

LAMBERG, FERNANDO: *El universo engañoso.*

MELLADO, RAÚL: *Tierra colorada.*

MOLTEDO, ENNIO: *Cuidadores.*

MONTES, HUGO: *Delgada lumbre.*

NARANJO, JORGE: *Los sueños de Nefertitis.*

O'KINGHTON, LEONEL: *En los ciruelos está el cielo.*

OVIEDO, EMILIO: *Habitante en el tiempo.*

PIZARRO, ANDRÉS: *Algunas cosas.*

REINOSO, VÍCTOR: *Elegía furiosa.*

RIVERA, RAÚL: *Variaciones domésticas.*

ROSAS, PALMIRA: *Región de encuentros.*

TEILLIER, JORGE: *El cielo cae con las hojas.*

TORRES, MARUJA: *Simplemente.*

Novela y cuento:

ALVARADO, EDESIO: *La captura.*

BLANCO, GUILLERMO: *Misa de Réquiem.*

CARREÑO, HÉCTOR: *Páramo*.
CASSÍGOLI, ARMANDO: *Cuadernos de un hombre asustado*.
CORREA, HUGO: *Alguien mora en el viento*.
CRUZ, LUCIANO: *Los Contrabandistas*.
CHAIGNEAU, RAIMUNDO: *El ángel torpe*.
DÉLANO, POLI: *Amaneció nublado*.
FERRARO, NICOLÁS: *Terral*.
GUTIÉRREZ, ROBERTO: *Desertora*.
MORAND, CARLOS: *Una larga espera*.
PIZARRO, ANDRÉS: *Una historia vulgar*.
QUESNEY, VALERIO: *Como otro cáncer*.
REYES MESSA, ALFONSO: *Cuatro largos pasos*.
VULLIAMY, LUIS: *El mejor lugar del mundo*.

E n s a y o :

SANHUEZA, GUILLERMO: *Pensamiento pedagógico de Montaigne*
SILVA CÁCERES, RAÚL: *La dramaturgia de Armando Mooock*.
VALDIVIESO, JAIME: *Un asalto a la tradición* (Vida y obra de Carlos Sepúlveda Leyton).

T e a t r o :

CHESTÁ, JOSÉ: *El umbral*.
MOLLETO, ENRIQUE: *El sótano*.
REQUENA, MARÍA ASUNCIÓN: *Ayayema*.

SECC. CHILENA